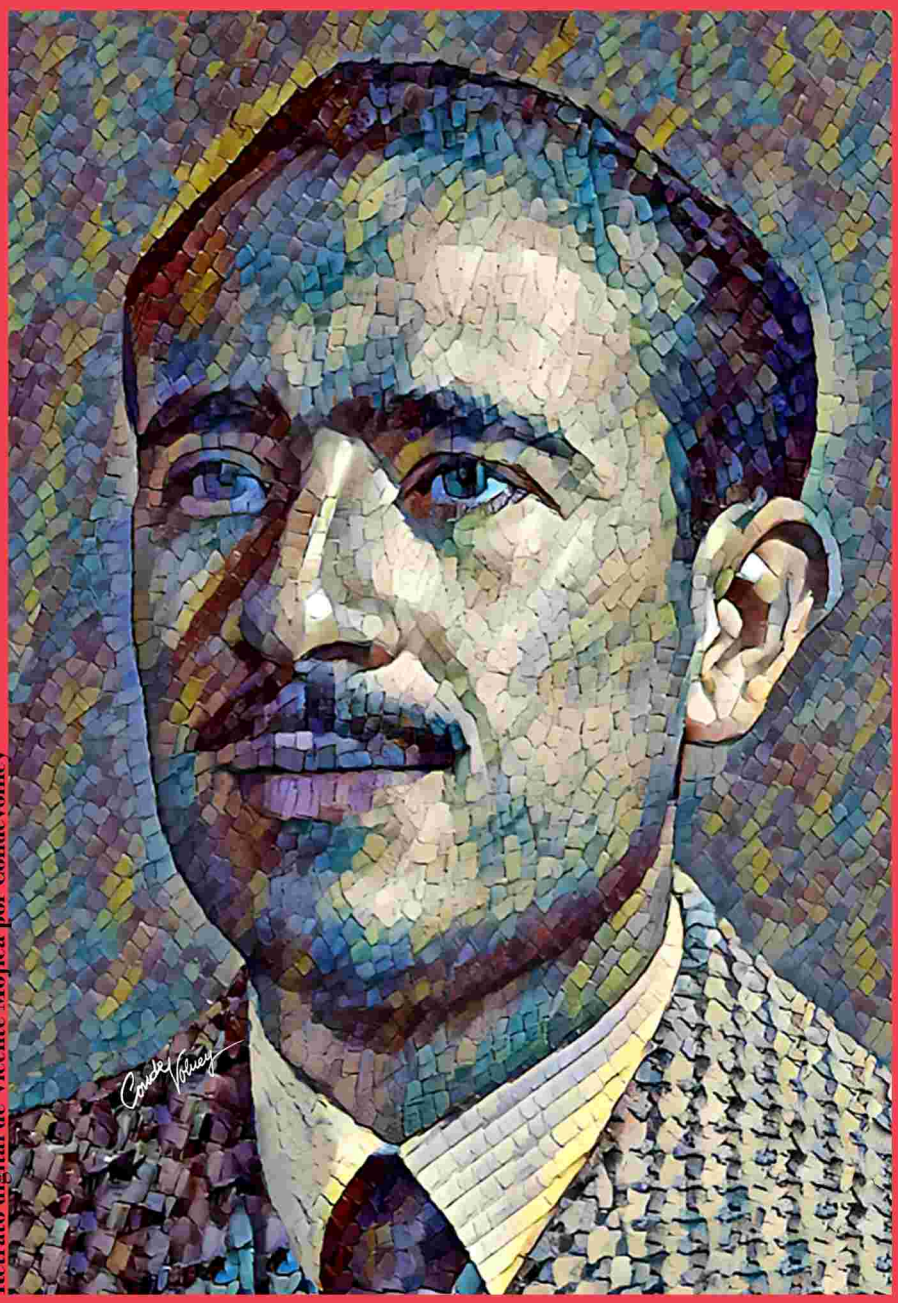
AUCA

REVISTA LITERARIA Y ARTÍSTICA



Retrato digital de Vicente Mojica por Condevolney

con cuadernillo del Centenario de Vicente Mojica
1923 - 2023

Asociación Cultural Auca de las letras
Fundada en 2003 - Revista cuatrimestral

Nº 57 / Noviembre 2023

AUCA

© de los textos e imágenes, los autores

Coordinación : Manuel Fco. García Herranz "Condevolney"

Consejo de redacción : Juan Ramón Prieto Jambrina y Francisco Poveda

Consejo asesor : Manuel Parra Pozuelo, Luis S. Taza Hernández, Trinitario Rodríguez, Lucía Espín, Adolfo Celdrán, Carmen Amérigo, Francisco Alonso, Luis Muñiz, Mercedes R. García-Olías, Ramoncita Ruiz Moreno, Miguel Ángel Pérez Oca, Eugenia Sánchez Rodríguez, Alfonso Rodríguez Sapiña, Agustín Conchilla, Joaquín Martín Quirosa, Jesús Cuevas Moreno. Jerónimo González y Conchi Sempere Ramón.

Colaboradores : Vicente Mojica Benito, Manuel Valero, José Luis Ferris, María José Mojica Marhuenda, Vicente Mojica Marhuenda,

Edita : Asociación Cultural Auca de las Letras
Ilustra y maqueta : Condevolney
Diseño de portada : Condevolney
Delegada de ventas : Lucía Espín
Depósito Legal : A-469-2004
ISSN : 1697-9877

Ilustración de la portada : *Retrato digital de Vicente Mojica por Condevolney*
Ilustraciones en interior : *Fotos cedidas por la familia Mojica / Ilustraciones varias.*

Imprime : **Gráficas Cervantes**

Contacto suscripción o participación:

aucarevista@gmail.com

Las personas interesadas en posibles colaboraciones, deberán dirigirse a nuestras direcciones de correo electrónico para solicitar las normas de estilo de la revista AUCA y enviar sus escritos inéditos, en prosa o en verso. En ningún caso serán más de dos, con arreglo a las normas que se indican.
El consejo de redacción decidirá, en todo caso, sobre la pertinencia de su publicación.

La revista Auca no comparte necesariamente las opiniones vertidas en sus páginas, siendo los contenidos responsabilidad exclusiva de los autores

ÍNDICE

Presentación	Juan Ramón Prieto Jambrina	2
Dedicado a la memoria de Miguel Hernández	Manuel Parra Pozuelo	3
Las ventanas	Trinitario Rodríguez	4
¿Tendré que besar cada rincón de tu alma?	Alfonso Rodríguez Sapiña	5
La tierra, la orilla	Eugenia Sánchez Rodríguez	6
Dejadme	Joaquín Martín Quirosa	7
Las ondas de la luz	Carmen Amérigo	8
Esperanza	Jerónimo González Prieto	9
Me duele el alma	Ramoncita Ruiz Moreno	10
Sigo aquí	Agustín Conchilla	11
Ser mujer	Lucía Espín Martínez	12
Amante de tu luz	Luís S. Taza Hernández	13
Tal como éramos	Luis Muñiz	14
Cuando la vida se desborda	Miguel Ángel Pérez Oca	15
Carnaval en el manicomio	Francisco Poveda	16
Sinfonía de la Naturaleza	Juan Ramón Prieto Jambrina	17
Un soneto / Y otro	Francisco Alonso Ruiz	18
Un hombre se derrumba	Condevolney	19
Callejas de Madrid	Jesús Cuevas	20
Ella sabe que los caminos son de hielo	Adolfo Celdrán	21
Caballo galopa al viento	Conchi Sempere Ramón	22
CUADERNILLO CENTENARIO VICENTE MOJICA	Portada cuadernillo	23
Centenario de Vicente Mojica.		
Algunos apuntes sobre su poesía	Manuel Valero Gómez	24-38
Remembranza	María José Mojica Marhuenda	39-40
Vicente Mojica Benito. Verano del 60.		
Algunos recuerdos sobre mi padre	Vicente Mojica Marhuenda	41-42
Espejo de una amistad	José Luis Ferris	43-45
Hoy 25 de mayo	Vicente Mojica Benito	46
FIN DEL CUADERNILLO HOMENAJE		
Don Miguel de Unamuno	Manuel Parra Pozuelo	47
Disolución	Eugenia Sánchez Rodríguez	48
Mensaje a una princesa	Joaquín Martín Quirosa	49
Breve reflexión	Luís S. Taza Hernández	50
Es mi ilusión / Cuando mis manos,	Carmen Amérigo	51
Huellas de vida	Jerónimo González Prieto	52
¿Me amas?	Ramoncita Ruiz Moreno	53
Albores de sueño	Agustín Conchilla	54
Apura el beso / Soy un pringao a una caricia cosido	Alfonso Rodríguez Sapiña	55
En la edad de la piedra antigua	Luis Muñiz	56
Mediterráneo	Miguel Ángel Pérez Oca	57
Huida siniestra	Francisco Poveda	58
La cara del moro	Juan Ramón Prieto Jambrina	59
Platero y Yo	Lucía Espín Martínez	60
Reflexión nocturna	Francisco Alonso Ruiz	61
Entre guerras anda el juego	Conchi Sempere Ramón	62-63
Tocar a Gimena	Pedro Mairal	64
Jimena mía (continuación 1ª de Tocar a Gimena)	Adolfo Celdrán	65
Qué difícil me lo ponéis (cont. 2ª de Tocar a Gimena)	Adolfo Celdrán	66
Pena clavada	Jesús Cuevas	67
RINCÓN DEL ASTRÓNOMO		
Ocultación de Betelgeuse por el asteroide 319 Leona	Miguel Ángel Pérez Oca	68

PRESENTACIÓN

De nuevo nos encontramos con la página impresa, comprometidos en este reto incesante que consigue embelesarnos con cada número y nos hace disfrutar de su elaboración y del placer de los que saben entregarse a la belleza, espero que usted, lector y amigo la disfrute.

Parece que fue ayer cuando la Asociación Cultural Auca de las Letras echó a andar, diciembre de 2003, por tanto, este diciembre hará 20 años de su constitución como Asociación Cultural, colectivo que edito su primera revista en febrero del 2004, dedicando todos sus esfuerzos a que fuera un escaparate, un medio de comunicación para la divulgación y desarrollo de la producción creativa de escritores, promoviendo y difundiendo, con rigor y seriedad, sus creaciones artísticas.

En este número que presentamos, el 57, hemos de apuntar el protagonismo que hemos querido dar al Centenario, 1923 – 2023, del poeta alicantino Vicente Mojica, que constituye el habitual cuadernillo interior de la revista, que podrán encontrar a partir de la página 23.

El total del material incluido en este número lo componen trabajos de los aucanos y de colaboradores que participan en el cuadernillo del Centenario de Vicente Mojica, que podemos dividir, de forma puramente descriptiva, en tres sectores: A) Textos literarios: 33 poemas, (sonetos, canciones y otras diversas modalidades de estructuras); 17 de prosa (semblanzas, crítica literaria, narraciones, cuentos y divulgación científica). B) Material gráfico: 17 fotografías, 29 dibujos e ilustraciones de autor u obras plásticas reconocidas. C) Temática: como siempre, en su variedad, no faltará el tema amoroso (físico-sensual, de ausencia, como fusión de dos vidas, o de desesperanza; se tocará, asimismo, la denuncia social, y el punto sutilmente humorístico. D) Si nos referimos a la estructura puramente geográfica de la disposición del material del número, como suele ser habitual se dispone en tres secciones: dos de aportaciones libres, tanto en verso como en prosa, y el citado Cuadernillo interior que, en este caso, como ya indicábamos, está dedicado al Centenario de Vicente Mojica.

Refiriéndonos al cuadernillo interior, destaca y se inicia con un sólido estudio de crítica literaria a cargo del estudioso, y doctor en Filología Hispánica, Manuel Valero, sobre la persona y personalidad de Mojica. Un estudio sólidamente fundado en una abundante bibliografía con extenso aparato crítico mediante notas a pie de página que remiten a los textos y autores citados. En él se recoge una detallada relación de influencias y preferencias del poeta sobre clásicos (Quevedo y Lope de Vega), así como su inclusión en el grupo de poetas alicantinos de la posguerra, formada por grandes poetas como Manuel Molina, Rafael Azuar, Vicente Ramos, Francisco García Sempere, o narradores como José Bauza, Alejandro Bonmatí, Enrique Fernán Tato, etc. Este grupo literario alicantino contactará, a su vez, con insignes personalidades nacionales como Camilo José Cela, Blas de otero, Gabriel Celaya o Vicente Aleixandre.

En cuanto a la característica literaria de Vicente Mojica, Valero destaca la de “un lenguaje sencillo puesto al servicio de una misión pedagógica”. Su ideología estará marcada, a la vez, por la formación católica en colegios de religiosos, junto con las experiencias vividas desde una niñez de “poeta” y los horrores de la Guerra y tras ella que le llevan a la actitud vital de la duda tremenda de compaginar la bondad de un Dios de esperanza y una sociedad de injusticia y horror entre vencedores y vencidos.

La otra esfera de la personalidad de Vicente Mojica es la de su dimensión humana, según la cual su empatía para con los demás -expresión de la otra de sus vocaciones, la de Practicante médico-, era un reflejo que lo acercaba a cuantos veía con necesidad de ayuda. Especialmente interesante es la anécdota personal que cuenta, al respecto, José Luis Ferris en el trabajo que se incluye en el presente número. De carácter eminentemente emotivo, por fin, resultarán los dos trabajos que se incorporan al cuadernillo de ambos hijos del poeta, M.ª. José Mojica Marhuenda y Vicente Mojica Marhuenda.

Juan Ramón Prieto Jambrina

Dedicado a la memoria de Miguel Hernández

Las injurias del tiempo, su incesante oleaje
acosaron sin pausas al que murió tan solo,
al que, como a otros muchos, hirieron esperanzas
hasta dejarlas truncas, insepultas y yertas.

Las horas inclementes trajeron sólo llantos,
susurradas palabras y transidos silencios
donde el dolor moraba, injusto y palpitante,
vergonzante y callado, porque nadie podía
decir que había querido romper aquellos lazos
que desde siempre ataban su conciencia y su vida
a otros más poderosos, más ricos o más sabios.

En silencio y sin luces transcurrió la tragedia,
la tolvanera estólida todo llevó muy lejos,
pero quedó su voz contra el muro clamando,
quedó un eco de sangre que en el verso resuena
renaciendo en las luces de las ardientes albas,
donde amor arrebata arrayanes y pájaros,
y proclama implacable el sufrimiento ingente,
el dolor absoluto y la herida aún abierta,
del que todo lo aguarda aunque nada sea suyo.

En estos días que un rayo no de amor ni ventura,
sino de odio y de muerte amenaza terrible
los parques y las dalias, los pétalos y el aire,
quiero vivir de nuevo tu pasión y tu grito,
y recordar, gozoso, que no fueron bastantes
las cárceles y el odio para que se ocultase
el insomne cuchillo que al beso te llevaba,
para que pereciese la esperanza que ardía
en versos y canciones tan nuevas como entonces
donde aún está tu silbo naciendo indestructible.

Manuel Parra Pozuelo

Trabajo digital de ***Condevolney***

Las ventanas

Cuando una puerta se cierra
siempre hay muchas ventanas,
abiertas frente a la sierra
aquí en las casas huertanas.

Una de ellas son los ojos
de un temprano trovador,
para ver en los rastrojos
a un chiquillo labrador.

Arando de punta a punta
un latifundio infernal,
cada día con su yunta
en Orihuela y Rafal.

En Callosa y Albatera,
Correntias y Abanilla,
El Raiguero y Santomera,
Torremendo y Jacarilla.

Temprano los veo pasar
por delante de mí puerta,
para comenzar a arar
los barbechos de mi huerta.

Y mientras están arando
un mal día junto al río,
por hambre los veo temblando
y casi muertos de frío.

Nacen ya para la tierra
estos chiquillos huertanos,
nacidos en la post guerra
ya con callos en las manos.

Todos estos críos son
los que me rompen el alma,
me parten el corazón
y me arrebatan la calma.

Cuando los veo cada día
arando un campo baldío,
pisando la escarcha fría
en este terruño mío.

Donde subsistir ya es duro
como dura es la labranza,
para estos críos sin futuro
y sin ninguna esperanza.

Estos chicos que hoy yo veo
Miguel también los veía,
con un tremendo cabreo
en mi tierra cada día.

Él ya no los puede ver
pero yo los sigo viendo,
cada día al amanecer
ir a la brega sufriendo.

A estos menores huertanos
y excelentes criaturas,
que podrían ser mis hermanos
por sus edades y alturas.

No tienen estudio alguno
porque no han ido a la escuela,
generalmente ninguno
en las huertas de Orihuela.

Es por eso que ellos van
a arar campos Oriolanos,
para comprarles un pan
a sus hambrientos hermanos.

En voz alta y en voz baja
maldigo al explotador,
que explota en la vega baja
al chiquillo labrador.

Soy del pueblo de Miguel
y de los Fenoll hermanos,
de Ramon Sijé y Manuel
seres con alma y humanos.

Es tanto el dolor que siento
por estos niños huertanos,
que me duele hasta el aliento
y las uñas de las manos.

Trinitario Rodríguez

¿Tendré que besar cada rincón de tu alma
antes de besar tus labios?

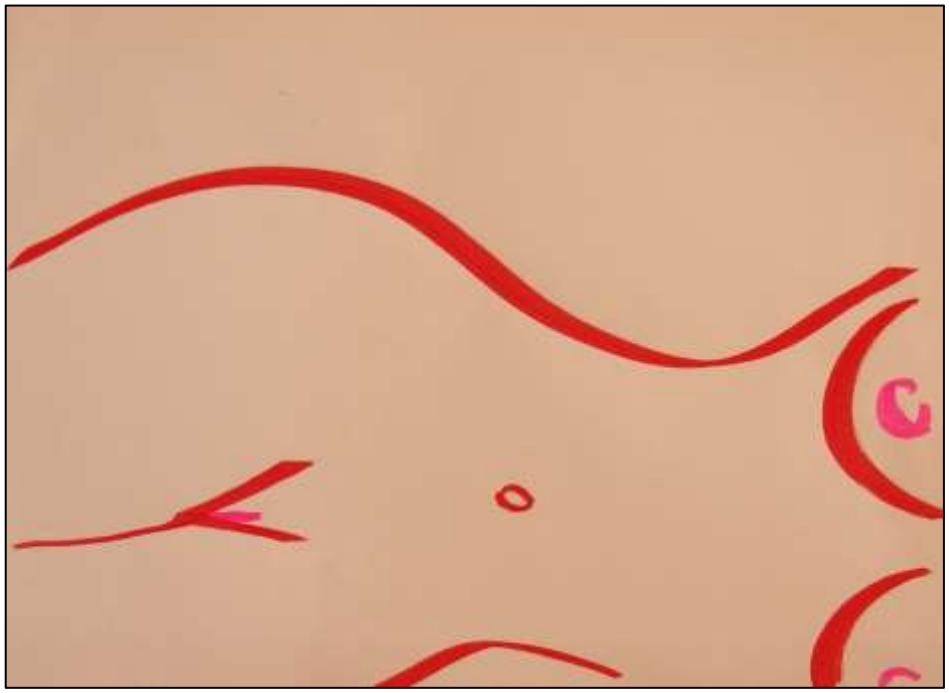
Los azules declinan
y los ideales hacen muecas
que sólo los niños
saben interpretar

cercano al sueño, me demoro
y a través de los pasillos
las elucubraciones por una vez
no producen miedo ni inquietud

¿pensar cada rincón?

Pensar, sí, aún sin concluir nada
sólo por el placer
de caminar el amor
todo el amor digno de caminarse

Alfonso Rodríguez Sapiña



*Dibujo de **Alfonso R. Sapiña***

La tierra, la orilla

Tierra ¿por qué me atas,
por qué me callas?

Pies de ébano caminan sobre el rayo,
del abismo que decreta
inminente fatiga
de inciertas lágrimas y sueños.

El augurio de las olas
en su vértigo y huella
se derrama al palpitar
de la voz,
y su sed.

Linternas encendidas
sobre tu capa brillan.
Corazones callados
sobre la huérfana orilla
ya despiden su aliento.

Preso eres del destino
preñado de futuros.
Ves el faro apagado
y tragas sueño, niño.

Tú alma de fría plata
es ya tálamo oscuro,
donde origen y lucha
copulan el fracaso.

Quiero construir la luz
que ilumine el destino
entre las olas de este mar rotundo.

[…] Agua.
Tú que todo lo mueves ¿Por qué no me llevas a la otra orilla?

Eugenia Sánchez Rodríguez

Dejadme

Dejadme, quiero ver la primavera
despuntar sus colores sobre el alba.
Aprenderé a saltar
sobre el invierno que tanto se alarga,
sobre vidas que lloran,
sobre noches que me hablan.
Dejadme soñar las mejores tardes,
acariciar mis venas susurrantes y heladas,
empaparme de vida
y soñar luces blancas.
Todo parece cuento
perdido en la inmensidad de la nada.
Dejadme, quiero escuchar a los pájaros
correr sus amores entre las ramas,
excitados, alegres, olvidados;
pura música entre la húmeda escarcha.
Dejadme sentir como el sol
raya la piel, fina de escamas.
Dejadme soñar con tiempos sin rabia
bañados con palabras sólo blancas.
Dejadme esquivar los fríos puñales
que llegan desde cálidas miradas.
Dejadme reponerme de los miedos,
abrazar la mañana,
confundirme entre el verde…, y despertar,
despertar de los sueños que amenazan.
Dejadme disfrutar la primavera
que dulcemente baña,
que me acoge y protege,
envolviéndome en su paz y esperanza.

Joaquín Martín Quirosa

*Retrato digital de **Joaquín M. Quirosa** por Condevolney*

Las ondas de la luz

Mientras las ondas de la luz palpitantemente encendidas,
y sus rayos desgarren el nuevo día,
el viento se aclarará, abriéndose paso
entre dulces perfumes y armonías.

Mientras sienta que el alma ríe gozosa de alegría,
y el corazón y la mente,
en un gran empuje de aliento,
habrá esperanza y seguirá la vida.

Mientras mi corazón palpite al unísono con otro corazón,
y mis besos rocen otros labios,
mi pluma describirá gozosa,
que lo que siento es amor.

Carmen Amérigo

Esperanza

Tengo esperanza en la paz
que este mundo ha de ganar.

Nosotros portadores de versos
con ellos al mundo luz donar,
con templanza la usaremos
para conseguir un mundo mejor,
descargando la cruz del hambre
aliviando el sufrimiento y dolor,
sembrando esperanza naciendo como flor.

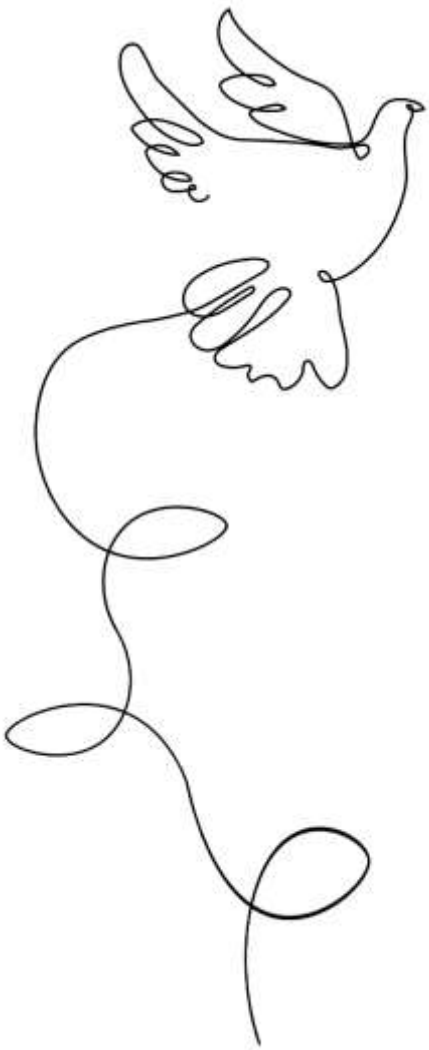
Como un buen labrador
que deja en el futuro incierto
el premio a disfrutar su labor.

Almacenemos humanidad
caminemos en hermandad y solidaridad,
desterrando las guerras
y eliminando todas las armas,
para aliviar y desterrar injusticias
y que no destrocen lo innato del ser humano.

Cambiemos todo por vidas en paz
uniéndonos en la esperanza.
Poetas...

Con nuestras voces proclamar la paz
involucrando a toda la humanidad,
uniendo todas las manos como meridianos
para que un mundo nuevo vaya naciendo,
construyendo una sociedad igualada
sintiéndola todos sin miedo
para conseguir que el hambre
sea también un recuerdo olvidado.

Y que ningún ser humano sufra por hambre
ni vea miradas tristes detrás de las alambradas.
Tengo esperanza en un gran abrazo universal.
Paz, paz, sin hambre, con justicia y libertad.



Jerónimo González Prieto

Me duele el alma
de tanto quererte, sin que tú lo sepas.

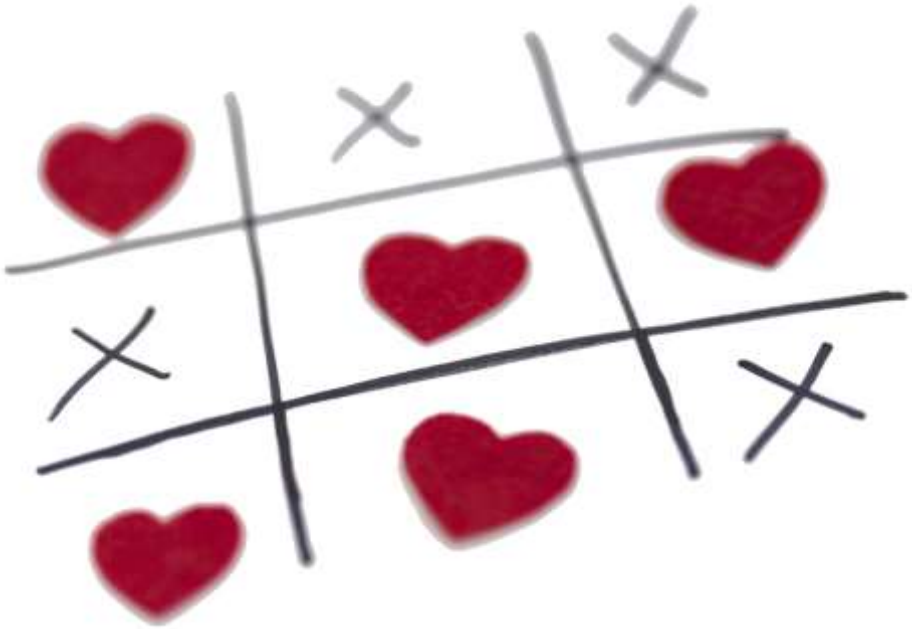
Mi voz se vuelve ronca
de tanto gritar tu nombre.
Solo sé si sigo viva
si tus labios van a mis besos
y, también a tu boca
las mieles de dichos besos.

Me convertiré en tus sueños
en una adorable estrella
bajo el más bello azul del cielo
que alcanzará la luna
y todos los tesoros de la naturaleza.

El mar alrededor de mi barca
es alcanzada por los delfines
que por allí navegan.

Loas inmensas, olas de espuma plateada
que por allí arrecian
ya no nos dejan divisar
el horizonte ni la naturaleza.

Ramoncita Ruiz Moreno



Sigo aquí

Yo sigo aquí, en la soledad de tu partida,
esperando melodías de tacones de aguja,
adivinando la brisa que ondea tus cabellos,
apartando témpanos, temerosos de sequía,
mas me llegan sonidos con música herida,
dañada por riachuelos de aguas negras.

Te fuiste acalorada, cual alba que despunta.
Nunca supe por qué. Tus luceros brillaban.
El corazón de tus labios nos nutría de pasiones,
y yo, yo te acariciaba con sutileza, suave,
como brisa que agita dulzuras en verano.

Desde entonces duermo cual centinela en garita,
rehúyo las agujas del reloj, me dañan el sueño.
Desde entonces siento el frío del amor congelado,
sobre jardín sin flores, como pétalos que marchitan,
y necesito de tu riego, y del brillo de tus luceros.

Llegará el día, presiento, que volverás a mi lecho,
donde la utopía no existe, y el amor es verdadero.
Nos consolaremos con caricias, desnudos,
enterraremos el hacha del egoísmo, efímero,
y nos arroparemos con pétalos de margarita,
sobre prados que desvelan misterios.

Agustín Conchilla

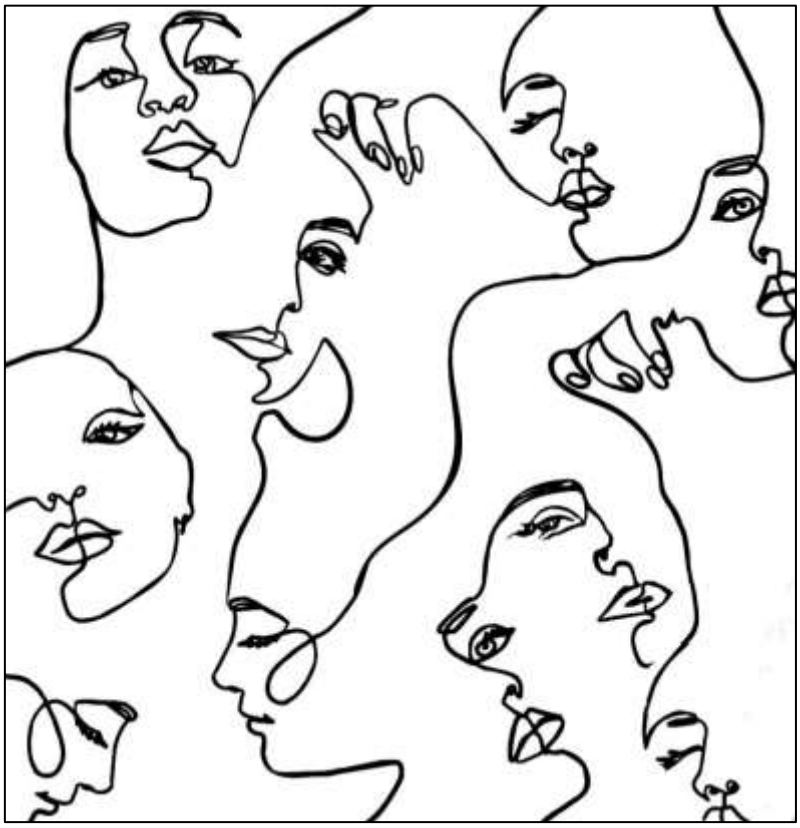
Ser mujer

Mi madre, nuestras madres, todas ellas
Universo de estrellas en la tierra.
Jazmín de paz, herido por la guerra.
Erais y sois, del puro amor, más bellas.
Reinas, que al mundo entero esparcen huellas.

Mi madre, nuestras madres, son mujeres
Una a una ha sembrado su semilla
Jóvenes y mayores, luz que brilla
Entre espigas de trigo, y entre flores.
Río que libre corre con amores

Mi madre, nuestras madres fueron niñas
Un tiempo que contiene gran historia
Jinetes son del alba con su gloria
Eran y serán, frutos en campiñas
Razón de la existencia de estas viñas.

Lucía Espín Martínez



Amante de tu luz

Soy amante de tu luz,
soy hermano de tu color,
soy tu todo y tu nada,
soy el que te viste en la mañana.

Soy tu caminante sin tus pasos,
porque tengo blancas alas,
alas para volar: sobre tus sueños,
y de todas tus esperanzas.

Soy el guardián de tus labios,
de tus pechos, de tus ojos,
de tu sexo, de tu pelo,
del sonido de tu voz:
que me enamora y me acompaña.

Sólo soy yo, y mi corazón,
los que sin hablar te hablan.

Soy el sol que te calienta
cuando llega el frio amanecer y las heladas,
y la luna que te vela en esta noche estrellada.
Solo soy yo, y mi corazón, los que te hablan.

Luís S. Taza Hernández

María José Gisbert

TAL COMO ÉRAMOS

Elegir bien el lugar para tener una conversación seria, es importante. El entorno, la situación, el paisaje, tienen su relevancia. Las cosas parecen mudas, pero ni lo son ni lo están: las cosas escuchan y hablan. Las cosas nos dicen cosas. Por eso estamos ahora sentados en la terraza de una cafetería en esta ciudad.

Unas tazas de café por medio, un cenicero, las flores frescas en el pequeño florero, unas servilletas blandas y suaves, y estos jardines que nos envuelven, ayudan a hablar serenamente. O eso creo. Por eso no te he llevado hoy a Villafranca de los Caballeros, porque, como todo el mundo sabe, ni es villa, ni es franca ni tiene caballeros. Y yo, francamente, necesito confesarte algo que me remueve por dentro desde hace tiempo. Necesito este ambiente para poder hablar.

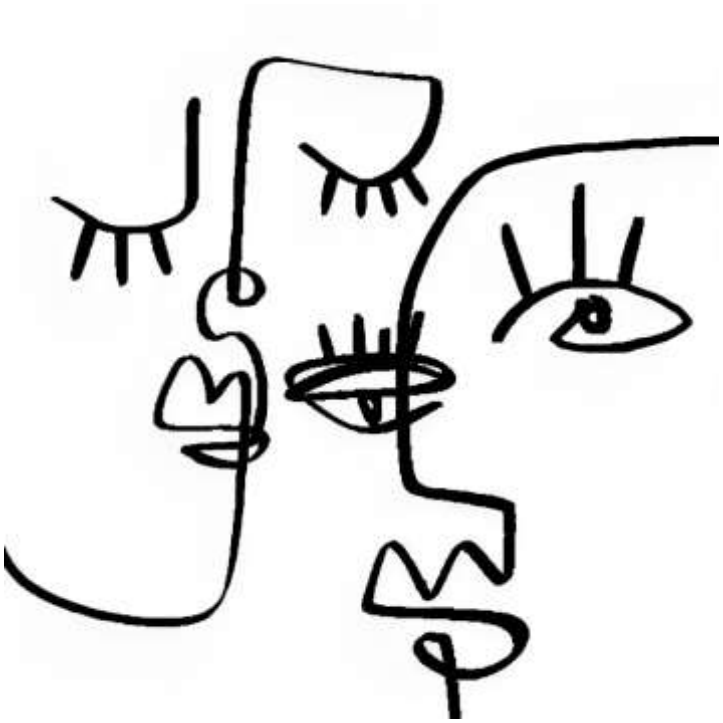
Estoy enamorado de otra mujer. Espera, no digas nada, déjame hablar. Estoy enamorado de otra mujer. La echo en falta continuamente, a todas horas. Pienso en ella cuando menos me lo espero y los deseos, vestidos de recuerdos, me invaden cuando escucho una canción o huelo un perfume, cuando una figura se me instala en el cerebro y, allí, se agranda y toma posesión de él. Hasta ahora no te he dicho nada porque he intentado comportarme como un caballero. No quería hacerte ningún daño y yo, yo tampoco quería dañarme. Ya tenemos unos años encima y esto puede parecer una chiquillada o una estupidez de viejo.

Pero en las últimas semanas su presencia ha sido insoportable, exigiéndome tomar una decisión, una elección definitiva. Tengo su olor metido en la cabeza, me persigue por donde vaya. Y su imagen, sonriente, en mi cuarto, entre mis libros, atravesando la puerta de vidrio rugoso, su piel y su carne blanca en la cama, sobre la alfombra, sus ropas sobre la silla, lo llenan todo de ella -entonces y ahora-, como el persistente aroma del pachuli que humea en el pebetero, como el dulce sabor espeso de la copa de ponche Caballero que reposa en el estante.

Como si fuera un daguerrotipo o una fotografía en sepia, contemplo una estampa de los dos, hurgando entre los libros de las librerías de lance, sentados junto al Jardín Botánico, paseando por los jardines en otoño, húmedos y fríos, haciendo un ruido sordo al pisar las hojas secas, jurándonos felicidad eterna y conjurándonos para hacerla posible. No lo puedo evitar. Lo vivo y revivo una y otra vez. Lo echo en falta, lo necesito para vivir este último trecho.

Lo que más siento, puedes creerme, es que ella es -o era- tu mejor amiga. No pongas esa cara, lo digo en serio. No te he sido del todo infiel. Lo que más siento es que me he vuelto a enamorar de ti, de quien eras, de quien fuiste, de la mujer que conocí. Siento que ahora puedas tener celos de ti misma. Y, lo peor, es que no sé si a ti te ocurre lo mismo que a mí.

Luis Muñiz



CUANDO LA VIDA SE DESBORDA

Tenía razón Jorge Manrique cuando escribió que "Nuestras vidas son los ríos que van a dar en la mar…"; y, tal como los ríos, a veces, la vida se sale de su cauce, y uno, como un río, se siente desbordarse y abarcar terrenos que nunca soñó cruzar. En ocasiones, ocurre que uno se entera, a toro pasado, de que la vida pudo tener otras dimensiones, otras consecuencias. Pero también percibe que el pasado, como una inundación pretérita, ya no le pertenece y que el cauce, ahora, ha vuelto a su dimensión cotidiana y que es vano pensar en lo que "pudo haber sido y no fue", y que los viajes en el tiempo no tienen sentido. Y, sin embargo, capta en lo más hondo del tiempo el ímpetu de desbordamientos pasados que no supimos encauzar.

El otro día, con motivo de un acto social, alguien me presentó a una amable señora cuyo rostro me parecía familiar.

- No sé si te acuerdas de mí – me dijo – pero yo te conozco de cuando estudiábamos en la Escuela de Comercio, hace más de 50 años – y tras dudar un momento, me preguntó - ¿Te acuerdas de Nina, la que vivía en Santa Cruz, donde los guateques? ¡Qué tiempos!

Yo asentí, aunque no era capaz de recordar con claridad la cara de la tal Nina.

- ¿Sabes? Ella estaba enamorada de ti, en secreto, pero tú no le hacías caso. La pobre organizaba los bailes en su casa con la esperanza de que vinieras; aunque tú, la mayor parte de las veces, andabas por las montañas haciendo alpinismo…

Claro, ahora recordaba a la dulce Nina. Entonces yo estaba en otra onda. Iba loco por Mari Luz, la que se sentaba en el pupitre de delante; la que siempre llevaba el pelo recogido, y su cuello blanquísimo y suave me soliviantaba, cuando se giraba y se le formaban unas mórbidas arruguitas que me provocaban deseos inconfesables. Era la más guapa de la clase, y no me prestaba la más mínima atención. Así que yo, despechado, me marchaba a las montañas a escalar cumbres y ni me fijaba en la pobre Nina. Al final, Mari Luz acabó casándose con un machorro posesivo, rico y estúpido.

- ¿Y qué fue de Nina? – pregunté a mi interlocutora, que bajó la cabeza con un gesto de vago pesar.

- La pobre se murió muy joven. Como tú no le hacías caso, se buscó un novio en el barrio, y 20 días antes de casarse falleció de un ataque de diabetes. Resulta que era diabética, pero no lo sabía, y cuando fueron al restaurante donde tenían que celebrar el banquete de bodas, para hacer una degustación del menú, comió una porción de tarta y se puso muy malita, se desmayó y alguien dijo que había que darle mucha agua con azúcar. Fue empeorando por momentos hasta que se le paró el corazón… a la pobre – y concluyó -. Si tú hubieras sido más cariñoso con ella, a lo mejor no se habría muerto.

Y en mi interior sentí un desbordamiento, una inundación de emociones, de penas inmensas, de una vida antigua que se revolvía en los recuerdos y me anegaba.

Me marché a Santa Cruz y subí las viejas escalinatas por donde bajan al Cristo en la más espectacular procesión de nuestra Semana Santa. Casi sin pensarlo me di de bruces con la vieja casa de Nina - ahora viven en ella unos extranjeros -. Atisbé desde abajo la terraza donde se hacían las fiestas y desde la que se puede contemplar todo Alicante, desde las faldas del Benacantil hasta el puerto, y la mar, esa mar a donde van a parar los ríos de Jorge Manrique; y más allá, justo en el horizonte, la Isla de Tabarca, con las prominencias de su iglesia, la Torre de San José, el faro… y el minúsculo cementerio que acoge a los tabarquinos cuando sus vidas desembocan en la mar que es el morir…

Volví de nuevo la mirada al portal donde Nina me esperaba en vano en las tardes domingueras de guateque. La volví a ver, menudita y graciosa, con su cara tan linda y tan triste por mi ausencia. Y me sentí culpable y estúpido; y los sentimientos desbordaron el río de mi vida, y también mis ojos, desde los que unas ya inútiles lágrimas recorrieron mis mejillas.

Miguel Ángel Pérez Oca.

Carnaval en el manicomio

Se me ocurrió aquel día
acudir al manicomio
a visitar a Anastasio
sin saber que era domingo...
Domingo de carnaval,
y que nadie me haría caso.

Justamente en el umbral
me encontré con el alcalde,
un edil muy campechano,
que al pronto me dio la mano,
me hizo dar un traspiés
y obligó a un policía
que lo acompañaba ufano,
a ponerme una sanción
por golpear a un ladrillo
en la puerta colocado.

Acudí ante un mal juez
al que le llaman Nicasio
y por mucho que alegué
ni siquiera me hizo caso...
Al contrario, o antes bien,
me sentenció a la cárcel
por herir en el traspiés
al pobrecito adoquín,
sin prestarle asistencia,
y abandonarlo después.

Quejeme con buen talante.
¡Que venga Dios y lo vea!
Y éste, ni corto ni perezoso,
se personó al instante,
y juzgó aquel percance,
mas lo hizo, claro está...
¡A su manera!

Que si el adoquín se quejaba,
que si del zapato, la puntera,
al chafarse ya indicaba
el golpe que le había dado,
y que el sufrido ladrillo
un santo bendito era...

porque habiéndolo pisado
no me había ni insultado.

Me envió a la enfermería,
a rezarle a un gordo icono,
del que es su santo patrono,
un obispo estrafalario,
al que adoran a diario,
y a la Virgen, cien rosarios,
por la noche, y por el día.

Y hube de hacerlo al instante,
pues estaba Dios mediante,
más, les dije ¡son paridas!
Y Dios..., al oír lo de parir,
me envió al paritorio,
y allí acudió el demonio,
a ponerme en parihuelas.
Y dicen que yo di a luz
a un gordo de 80 kilos,
al que habré de mudar pañales,
¡aunque yo no lo quisiera!

Al fin me he podido escapar
por los locos perseguido,
por bomberos, enfermeras,
fontaneros y albañiles,
carpinteros y gestantes
piratas y trapecistas...
por Napoleón y El Cid,
Por Shakespeare y por Cervantes,
por presos, obispos y curas,
¡Qué locura!...

Corolario:
En un día de carnaval
se me ocurrió visitar
al demente de Anastasio,
y tras la cruel odisea,
sufrida en aquel psiquiátrico,
aunque no lo pude encontrar,
jamás volveré a intentarlo.

Francisco Poveda.

Sinfonía de la Naturaleza

La naturaleza está llamando
con picaporte de amor.
Unas cortinas de niebla
suscitan en mi interior
las olas de una esperanza;
recuerdos de una ilusión.

Mancha ondulante transita,
por la falda verdinegra
en bandada de estorninos,
siguiendo a su conductor,
que pinta un dibujo negro
cual índice del guion.

Una pareja de urracas,
con espaciado graznido,
busca por entre los pinos
con que alimentar su nido.

Y aquí cerca, en el olivo,
un pinzón lanza, nervioso,
sobre la rama más alta,
dulce reclamo amoroso.

En un punto de la sierra
que marca el brocal del cráter,
se yergue, orgulloso padre,
El Maigmó, del valle clave.

Todo concita a un embrujo
en el que duerme mi espíritu
reconciliado en un himno
de amor templado, sin velo,
donde el cosmos se construye
en estrofas de un concierto.

Juan Ramón P. Jambrina

Un soneto

Que haga un soneto me pidió Evaristo,
y yo comienzo a hacerlo, a ver qué sale.
Sé que no hay tormento que se iguale
a éste esfuerzo, que no había previsto.

El cuarteto primero ya está listo
y otro medio cuarteto sobresale.
Creo que así está bien, que ya me vale
como me está saliendo. Medio visto

tengo, sin duda, el primer terceto,
que en su segundo verso ahora prosigue,
y en el tercero, como veis, culmina.

Veo que, en lo que atañe a mi soneto,
todo aquél que algo busca lo consigue,
y el que empieza un soneto lo termina.

Francisco Alonso Ruiz

Y otro

Un soneto me pide que haga Juan,
por pedir que haga algo que me cueste.
(Siempre amigos así son una peste,
no se sabe por dónde te saldrán).

Cinco versos, ya veis, hechos están,
y seis si lo contamos ahora éste,
siete con el que asoma. Quien se apueste
que no acabo el soneto, por afán

de verme en un fracaso, se equivoca,
que el que hace diez ahora es el que toca
y el que hace once casi acaba. Inquieto

el verso doce llega. No haya duda
de que escribí, sin la menor ayuda,
catorce versos que hay en mi soneto.

Francisco Alonso Ruiz

Cuando otoño

Un hombre se derrumba,
como cae una hoja en otoño,
sin que nadie perciba
su grito desertado,
se confina en sí mismo,
con el mar desangrado
goteando su frente.

Un hombre
descerraja en su sien toda la tristeza.
Se diluye en su sombra,
sus pasos rebuznan la esencia
que habita su silencio,
no le embruja el abismo,
ni la paz de una mueca singularmente oscura,
porque ya nada importa
a quien sabe que es nada.

Un hombre
se adormece en la enjundia
del vértigo doliente que aflige su razón,
la vida le golpea las entrañas
de su rodilla izquierda,
en su rostro se advierten todos los espantos
como una mueca inútil,
y su boca es dragón que escupe fuegos fatuos,
en ciertas ocasiones, viernes de luna oblicua,
balbucea palabras que, dice, ladran versos,
su cerebro es el bunker que protege su alma
cargada con balas del 9 parabellum, de fogueo,
aun así, ten cuidado, su disparo es certero.
En su cuerpo está el mapa de las mil cicatrices
que siguieron piratas y bucaneros locos
para llegar al indómito refugio de la Isla Tortuga.
No oséis cruzar la mirada con este fantoche
o algún mal os perseguirá de por vida,
como la vida misma persigue a la muerte
hasta ser el fantasma de su propio banquete.

Un hombre
no es hombre si no sabe ser hoja caduca,
oquedad en el tiempo,
eligiendo bregar con la parca
sin tratos exclusivos, ni aciagos apegos,
su piel por equipaje,
y un mar,
desesperadamente salado
para llorar sin miedo.

*Detalle de Death and Life de **G. Klimt***

Condevolney

Callejas de Madrid

Cuando la noche te aleja de mí
y tu añoranza a mi alma hace sufrir,
me pasearé por Madrid
en tus recuerdos envuelto,
en la nostalgia de ti.

Me pasearé por Madrid,
de Lavapiés hasta Chueca,
de la Cava a Antón Martín.

Mi alma, empapada de amor y sin ti,
vuela en la noche sin rumbo ni fin,
recorrerá las callejas,
que endulzan mi corazón.

El dolor se me revienta,
llenando el cielo de penas,
cada pena en una estrella,
emborrachado de amor,
emborrachado de ti.

Cuando te marchas, mi amor, mi vivir,
clavado en tu adiós, soy viudo de ti,
soy timonel sin tu rumbo,
mendigando tu presencia.
En el sufrir de tu ausencia,
me confundo entre la gente,
y cuando el alba amanece,
me revienta el corazón,
se me revienta por ti.

Me pasearé por Madrid
en tus recuerdos envuelto,
en la nostalgia de ti.

Me pasearé por Madrid,
de Lavapiés hasta Chueca,
de la Cava a Chamberí.

Escanea este QR para ver vídeo

Letra: **Jesús Cuevas**
Música: **Tere Martínez**

Ella sabe que los caminos son de hielo

Ella sabe que los caminos son de hielo.
Sabe que hay que pararse en el lugar preciso
y reemprender la marcha unos segundos antes.

Sabe que cada instante
se vive o se pierde
y que el tiempo no es oro:
es uno mismo
o nada.

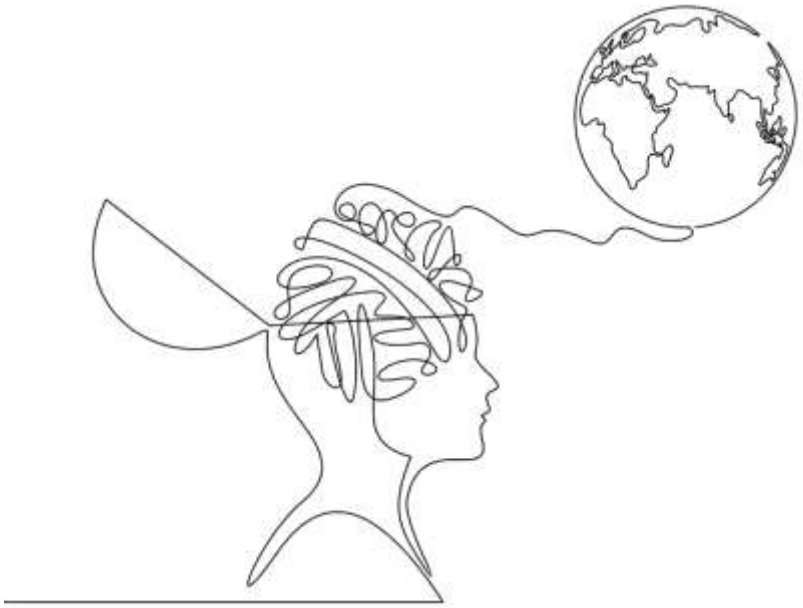
Sabe que la sonrisa puede serlo todo
como la lluvia, el cuerpo, la palabra o el gesto.

Sabe que el mundo está en la punta de los dedos,
de los labios;
y sabe que se mueve,
que cambia de lugar inopinadamente:
Ahora está en las ideas
y luego en el cansancio satisfecho

Ella lo sabe
(Cómo podría explicarlo)

Pero si tú la buscas
Ella
te surgirá en las manos.

Adolfo Celdrán



Caballo galopa al viento
bailando a orillas del mar,
trota que trota con tiento
haciendo al jinete gozar.

Caballo galopa, galopa,
el jinete no deja de fustigar
le anima dándole en la popa,
el caballo trota sin parar.

El mar le envía las olas
invita al caballo a bañar,
el jinete hace cabriolas
en las arenas del mar.

Unidos caballo y jinete
se adentran en la mar,
formando un molinete
con las olas sin parar.

Galopa, caballo galopa,
no dejes de galopar,
el jinete en la grupa
no le para de fustigar.

Y el caballo galopa al viento
y se adentra en la mar,
cabalga el jinete contento
entre las olas, comienza a bailar.

El canto de una sirena
comienzan a escuchar,
desde la orilla les suena,
caballo y jinete,
se adentran en el mar.

La luna les va iluminando,
se acaba de enamorar
viendo al caballo galopando,
por la orilla de la mar.

Jinete y caballo galopando
se adentran en la mar,
la música les está hipnotizando
el canto, les invita a nadar.

Galopa, caballo galopa
con las olas del mar,
salta el jinete de su grupa
con la sirena se va a navegar.

Galopa, caballo galopa
triste trotas por la orilla,
la luna con su luz te arropa,
sereno ves, que la luna te brilla.
Galopa, caballo galopa

Conchi Sempere Ramón

CUADERNILLO CENTENARIO
VICENTE MOJICA 1923 - 2023

Vicente Mojica Benito *dibujado a plumilla por* ***Ramón Palmeral***

Vicente Mojica Benito nace en Alicante en 1923 y nos deja un 7 de octubre de 1989.
Poeta y dramaturgo español.
Se incorporó al grupo de escritores alicantinos que surgió al final de la guerra civil española.
Fue autor de numerosas publicaciones y acreedor de multitud de premios literarios.

CENTENARIO DE VICENTE MOJICA. ALGUNOS APUNTES SOBRE SU POESÍA

Manuel Valero Gómez
Universidad Internacional de Valencia

Pocas dudas existen de que Vicente Mojica (1923-1989) es una de las voces más importantes de la poesía valenciana de posguerra. Nacido en Alicante, desarrolla toda su trayectoria literaria en esta ciudad y publica cerca de una treintena de títulos. Los géneros que Mojica Benito cultiva son diversos: la narrativa, el teatro[1], la crítica o la literatura infantil[2] son buenas muestras de ello. El poeta alicantino crece en una familia humilde a la que le toca sufrir una de las coyunturas más duras de la historia de España. Empieza a trabajar en el Club de Regatas, con apenas diez años, y para el Socorro Rojo Internacional durante la guerra. Tras formar parte de la farmacia de don Vicente Otero como mancebo, consigue el título de Practicante en Medicina y Cirugía en la Universidad de Valencia (1943), gana por oposición una plaza de practicante en el Hospital Provincial (1950)[3] y se casa con Josefina Marhuenda en 1951.

Durante los años cuarenta inicia su andadura poética, ya que participa en certámenes, emisoras de radio, prensa e incluso forma parte del ambiente *fogueril*. Este primer periodo está compuesto por su educación religiosa y formación profesional. Sin embargo, no es hasta la década siguiente cuando Vicente Mojica se incorpora al ambiente cultural de Alicante y más concretamente al conocido grupo de la primera posguerra alicantina.[4] Pese a que la coyuntura histórica que sigue a la guerra está marcada por el hacinamiento ideológico y la represión más severa,[5] conocemos la existencia de tertulias a las que acuden autores de merecido prestigio local (Bautista, 1988, 30). Por ejemplo, el Café Central de Alicante es un nexo de reunión durante esta década; o el Bar Club, que monopoliza los encuentros de esta cofradía de intelectuales a los que se suman (entre muchos otros) Manuel Molina, Rafael Azuar, Vicente Ramos o Francisco García Sempere (32-33).

[1] Según tenemos constancia, la producción teatral de Mojica se reduce al auto sacramental en verso *El sembrador de vientos*, publicado en el año 1985 gracias a la Caja de Ahorros Provincial de Alicante. Para esta cuestión, proponemos la lectura de Fernández (2008).

[2] Como veremos a lo largo de este trabajo, la presencia de los hijos y los nietos es un factor importantísimo en su producción poética. Tal es así que Vicente Mojica publica dos poemarios infantiles: *Cancionero infantil* (Gráficas Díaz, Alicante, 1983) y *En tu voz de agua clara* (Sinhaya, Alicante, 1986). *Cfr*. Valero Gómez (2017).

[3] Pascual Ruiz Galiano (2008), amigo cercano y compañero de oposiciones, cuenta al detalle cómo prepararon sus candidaturas al Cuerpo de A. P. D. (Asistencia Pública Domiciliaria) en junio de 1948.

[4] Vicente Ramos (1990, 16) pone fecha al primer encuentro entre Vicente Mojica y los jóvenes que forman parte de la intelectualidad literaria de posguerra en Alicante. El historiador señala la celebración del cuarto *Mensaje Literario*, revista oral que tenía lugar cada quince días en el insigne Bar Club, durante el día 7 de abril de 1951 y con la presencia de Juan Guerrero Zamora, Mariano Báguena, Carlos de Santiago, Reinaldo Asensio, Adrián Carrillo y Carmen García Bellver.

[5] Pese a que algunos historiadores se empeñen en señalar una supuesta "conjura" que se vivió en muchas ciudades –como Alicante– para salir de un, también supuesto, "letargo" posterior a la Guerra Civil (Ramos, 1992-1994, I, 133), los primeros años de la posguerra española fueron igual de crudos o peores que la propia guerra (Alonso y Sánchez, 1992; Cerdán Tato, 1978, 120-121). Por ejemplo, Miguel Ors Montenegro (2008) señala una "visión de la guerra y, por extensión, del franquismo, que coincide en líneas generales con el revisionismo histórico" (16), al mismo tiempo que enumera los métodos de la represión franquista durante la posguerra ilicitana (163-164).

Por un lado, se puede hablar de un elenco de excelentes poetas que dan impulso a algunas de las mejores revistas literarias del panorama nacional –cítense los casos de *Arte Joven* (1940), *Intimidad poética* (1943-1944), *Música y Arte* (1944), *Sigüenza* (1945), *Cuadernos Literarios* (1945), *Verbo* (1946-1963) o *Estilo* (1947)–, así como colecciones poéticas (Leila, Silbo o Ifach). Mientras que, por otro lado, una serie de narradores –José Bauzá, Alejandro Bonmatí, Pascual Bosque, Enrique Cerdán Tato, Ernesto Contreras, Gonzalo Fortea, Francisco García Sarría, Manuel Girón y Eduardo Trives (AA. VV., 1975)– se aglutinan en torno a lo que ha sido denominado "generación del horror".[6] En cualquier caso, se inicia una ebullición cultural en el panorama literario de la Alicante de posguerra que llega a tomar contacto, entre otros, con Camilo José Cela, Blas de Otero, Gabriel Celaya o Vicente Aleixandre (Cerdán Tato, 1992, 9-14; Bautista, 1988, 45-48; Molina, 1973). Aunque por mucho que algunos se empeñen en aseverar un ambiente de "cordialidad general" (Ramos, 1999), las disputas literarias y los rigores del franquismo estuvieron presentes (López Gorgé, 1989).

Por su parte, Vicente Mojica se abre paso en mitad de este contexto y gracias al citado núcleo poético ve la luz su primer poemario, *Llamada al corazón*, en el año 1958 y en la editorial Silbo. A partir de aquí, el escritor alicantino desarrolla una rica producción poética que culmina con la publicación de *Obra poética 1958-1988*,[7] justo en 1989, año de su muerte. Entre sus libros de poemas más destacados podemos citar *Geografía del llanto*,[8] *La paz nos esperaba*,[9] *Árbol de mi sombra*[10] y *Espejo de la consumación*,[11] quizá su poemario más elaborado. Al mismo tiempo que amplía su nómina lírica, el autor posee un papel importante en el Instituto de Estudios Alicantinos, es Cronista oficial de la Junta Central de la Fiesta de Moros y Cristianos de Alicante, Vicepresidente de Cultura y Coordinación del Ateneo Científico, Literario y Artístico de Alicante y dirige las colecciones editoriales Sinhaya y Alcodre.

DEMARCACIÓN ÉTICA ESTÉTICA E INFLUENCIAS

En líneas generales, la recepción crítica de la poesía de Vicente Mojica ha sido escasa, aunque ha corrido mejor suerte que sus compañeros de generación. Siendo sinceros, el recuerdo que ha llegado hasta nosotros pertenece a las semblanzas del ambiente cultural de la época, así como a los rompecabezas que constituyen la historiografía artística de provincias.[12] De hecho, y la siguiente afirmación pertenece ya a la categoría más propia de la opinión o del vaticinio, quedan pocos años para que la figura de Vicente Mojica sufra un severo golpe, puesto que la quinta de alicantinos que comparten generación está llamada a desaparecer y es este colectivo (y no otro) quien guarda un mayor respeto y recuerdo hacia el poeta. A la hora de perfilar una bibliografía crítica sobre el autor es necesario consultar los pertinentes prólogos y los índices de información dispersa, aunque adyacentes a la cuestión que nos ocupa. En este sentido, el homenaje que la revista *AUCA de las Letras* realizó a Mojica en su número 14 (noviembre de 2008) es una de las herramientas más útiles. También puede mencionarse el destacado lugar que ocupa Vicente Mojica en las siguientes antologías de ámbito local: *Estudios de Literatura Alicantina* de Vicente Ramos (1979, 299-326), *Antología de la Poesía alicantina actual (1940-1972)* de Manuel Molina (1973) y el reciente *Tres poetas alicantinos* de Luis Español Bouché (2012).

Aunque a primera vista parece positiva la idea de que la obra de Mojica disfrute de un cierto colchón crítico, los vericuetos y las trampas de la historiografía literaria tradicional pueden hacernos pensar lo contrario. Por ejemplo, Vicente Ramos (1990, 18-19) –uno de los grandes valedores de Mojica y a su vez cacique de la cultura provincial durante buena parte de la posguerra– señala en el prólogo a la *Obra poética 1958-1988* que "la poesía de Vicente Mojica no contiene ni aderezos modernistas ni rigores intelectuales (...) nada, pues, de esteticismos, ni eticismos ni sociologismos; mucho menos de politicismo de cualquier especie". Es decir, afirmaciones de tal reduccionismo no solo invitan a sesgar el verdadero valor poético de cualquier producción poética, sino que favorecen la consumación de su olvido, cuando no la tipificación de un estereotipo.

---

[6] José Bauza (1975), uno de los integrantes de esta joven promoción de narradores alicantinos, cuenta de primera mano cómo se gesta el grupo. Dicha "generación", con la que Cerdán Tato toma contacto de forma tardía, nace en el verano de 1950 gracias a unos jóvenes en vacaciones que se reúnen en el *American* bar del Hotel Samper (Cerdán Tato, 1992, 10). Para más detalles sobre este tema remitimos al citado texto de Bauzá (1975) –"Noticia sobre la generación del horror"– que aparece a modo de prólogo en la antología *Narradores alicantinos de 1954* (AA. VV., 1975). Por otro lado, y para una visión completa de los años cincuenta en Alicante, proponemos la lectura del número 14/15 de la revista *Canelobre* (1989).

[7] Vicente Mojica Benito, *Obra poética 1958-1988*, Alicante, Caja de Ahorros del Mediterráneo, 1990.

[8] Vicente Mojica Benito, *Geografía del llanto*, Alicante, Silbo, 1963.

[9] Vicente Mojica Benito, *La paz nos esperaba*, Alicante, Caja de Ahorros del Sureste de España, 1966.

[10] Vicente Mojica Benito, *Árbol de mi sombra*, Málaga El Guadalhorce, 1976.

[11] Vicente Mojica Benito, *Espejo de la consumación*, Valencia, Anteo, 1987.

[12] Para más detalles sobre esta cuestión proponemos Valero Gómez (2015).

El estudio de su obra precisa mayores complejidades que en el ejemplo citado no se abordan, conste en cualquier caso que el propio Ramos lleva a cabo análisis más lúcidos sobre el poeta.

Sea como fuere reivindicamos una *lectura en defensa propia* (García, 2012) que no solo nos ampare "del mundo hostil en que vivimos y del lugar que nos ha tocado en él", sino que también nos proteja del entramado positivista que se ha levantado en torno al estudio del objeto que hoy conocemos como Literatura. Dicho lo cual, y en relación a Mojica, limitar su producción poética al eje "amor humano-amor divino", como así hace el crítico mencionado, pasa por alto elementos imprescindibles a la hora de enjuiciar la magnitud del poeta. Por tanto, nos gustaría matizar que Vicente Mojica es un poeta religioso en tanto en cuanto es un poeta católico y sus temas predilectos (la vida familiar, la preocupación por el hombre o la miseria) "participan de una visión *católica* en su primigenio sentido de *universal*, de la existencia" (Español, 2012, 15). En todo caso, Mojica plantea en sus poemas una "trascendencia" (Ruiz, 2015) en la que la moral cristiana le ayuda a "entender y restaurar al mismo objeto invocado (Dios)" (Gracia, 1980, 163) y hace patente una forma personal de abordarlo (Español, 2012, 12).

No se trata tanto de que su poesía sea un "trámite" o un "automatismo" en su "exhortación" a Dios (Gracia, 1980, 162), sino que gracias a un intimismo de corte "esencialmente amoroso" (Ramos, 1979, 303) hace suya una misión profética en la que "pide a Dios que le otorgue el don de hablar de la creación a sus compañeros de vida" (Gracia, 1980, 165). Según considera un poeta como Francisco Alonso Ruiz (2015), que ha tenido la suerte de compartir junto a él amistad y poesía, la producción literaria de Mojica Benito es una "mezcla entre el barroco y el modernismo" debido al empleo de formas clásicas (por ejemplo, el soneto) y a una construcción rimada muy elaborada. Hablar de su poesía nos remite directamente a la encrucijada que vive el panorama lírico español durante los años cuarenta y cincuenta: el impulso neoclasicista y religioso que predomina en las revistas *Escorial* y *Garcilaso*, la apertura neorromántica gracias al realismo íntimo trascendente de Luis Rosales, Leopoldo Panero y Luis Felipe Vivanco, más la preocupación obsesiva por la existencia del ser humano.

También pueden destacarse otras influencias notorias. Una de ellas, por citar un ejemplo evidente, son los autores clásicos de nuestra literatura, como Quevedo o Lope de Vega. Pero pasemos ahora a otros casos que aportan un terreno más jugoso a la hora de argumentar las características de su poética y que nos conectan con nuestra poesía más reciente. Miguel Hernández es un nombre ineludible porque Mojica forma parte de ese círculo –junto a Molina y Ramos, principalmente– que lucha por mantener viva la memoria y, fundamentalmente, el magisterio del autor oriolano. En su reciente estudio, Luis Español (2012, 23-25) dedica un epígrafe bastante completo a la relación entre Mojica y Hernández. Por ejemplo, entre los detalles más reseñables, merece la pena decir que compartieron la editorial impulsada por el Socorro Rojo o las evidentes referencias que se pueden encontrar en *Llamada al corazón* (1958), su primer libro.

Desde luego, hay un rastro hernandiano en la producción poética de Mojica que se deja sentir gracias al léxico y la construcción del soneto. Sin embargo, la relación va más allá de una mera influencia o presencia estilística. No será muy arriesgado afirmar que Mojica vio en Hernández un modelo ético estético. O mejor dicho, Mojica vio en buena parte de la poesía hernandiana un modelo ético estético. Y dicho matiz no es casual si atendemos a un documento muy relevante a la hora de establecer el diálogo que tenemos entre manos. Vicente Mojica publica en el número (73-75) que la revista *Litoral* dedica a la "Vida y muerte de Miguel Hernández" (1978) un interesante artículo titulado "La religiosidad de Miguel Hernández y su poesía" (pp. 105-122). Por un lado, el poeta alicantino muestra cierta valentía cuando refleja que la religiosidad es "una de las partes más discutidas y controvertidas" de la "imagen incompleta" (105) que hasta ese momento se había mostrado del autor oriolano. Por otro lado, relaciona la religiosidad hernadiana (106) con su lugar de nacimiento, su enseñanza escolar y amistades, aspecto que presumiblemente debió hacerle albergar una gran afinidad.

En cualquier caso, nos interesa especialmente la imagen de Hernández que el propio Mojica interioriza y así hace constar en la citada investigación. A grandes rasgos, "La religiosidad de Miguel Hernández y su poesía" es un repaso a medio camino entre lo biográfico y lo poético. Entre las conclusiones más relevantes que Mojica saca en claro es el declive de la religiosidad de Miguel Hernández a raíz de su segunda llegada a Madrid y su amistad con Pablo Neruda. Esta "consciente religiosidad" en la primera parte de su vida (Mojica, 1978, 111) acerca estos poetas en cuanto tienen un elemento común como es el "autodidactismo", los dos autores "se crearon una cultura propia al margen del mundo académico" (Español, 2012, 25). (Sea como fuere, y como veremos más adelante, Vicente Mojica no solo se interesó por el ámbito religioso de Hernández. Sino que la preocupación por los pobres y la defensa de los más débiles tiene su justa importancia en la inflexión de la trascendencia que señalamos más abajo).

Como parece obvio, Vicente Mojica dedica algunas composiciones a Miguel Hernández a lo largo de su trayectoria. Un ejemplo puede ser el poema "Canción del llanto" (1990, 123-124) del libro *La paz nos esperaba* (1966) y que todavía guarda celosamente las distancias ante la censura y la vigilancia de las autoridades franquistas: "A la memoria de Miguel Hernández, poeta de Orihuela y de España". Se trata de un ditirambo que versa sobre la gloria del poeta y, a su vez, lamenta profundamente las circunstancias de su muerte: "Pastor de la

hermosura en que me abraso / dime en qué prado estás, creciente y puro". Otro caso es "Azahar de tu ausencia" (1990, 173-174) de *Palabras de mi amor y mi destino*,[13] donde a propósito de la llegada de la primavera, la naturaleza cobra vida y se muestra huérfana ante la ausencia de su compañero más fiel: "Levántate, Miguel, que están la tierra / y el corazón en flor".

Otras figuras relevantes en la poesía de Vicente Mojica son Antonio Machado y Juan Ramón Jiménez. La presencia de estos dos puntales de la poesía española moderna responde a la automatización de un tópico en la poesía del alicantino que tiene que ver con su lenguaje. El propio Mojica (en Molina, 1973, 100) hace suya la lección de Antonio Machado (Valero Gómez, 2010) y se sitúa junto al maestro a la hora de escoger un "lenguaje elemental y puro" en el que "importa más la precisión" y "una voz delgada y sencilla". A lo largo de sus primeros poemas recogidos en *Llamada al corazón* (1958) se hace evidente un sentimiento juvenil centrado en la ternura, como puede ser el caso del poema que da título al libro:

Llego a tu corazón día tras día,
con mi dolor a cuestas y mis penas,
encadenado al llanto en qué cadenas
desde mi antigua soledad sombría.

Llamo a tu corazón con qué porfía,
con qué ternura que en tu amor estrenas;
llamo a tu corazón desde mis venas
con la amargura de mi voz baldía. (Mojica, 1990, 45)

Los inicios de Mojica se caracterizan por una delicada sensibilidad y un perfeccionamiento del verso que se dirige, primero, hacia un refinamiento preciosista y, segundo, hacia una condensación expresiva. Vicente Ramos (1990, 18-21) recoge esta renuncia a la retórica y añade que emplea estrofas "coloquiales, plenas de ternura y belleza" (1979, 306). Por ejemplo, la composición inicial de *Palabras de mi amor y mi destino* (1971) es una buena muestra de ese tono (digamos) entre campechano y sencillo que ha ganado en fluidez:

Si digo rosa o niño, hermano, beso,
paz otra vez, ternura, risa, abrazo,
o digo Dios, azul, jardín, España,
o simplemente árbol,
es porque tengo un pozo de agua clara
donde sumerjo el corazón, lo baño,
y es de un agua divina que me viene
no sé por qué hondos, deliciosos caños,
ni por qué ocultas, silenciosas vías,
de internas lluvias que me están mojando. (Mojica, 1990, 157)

Por otro lado, la presencia de Juan Ramón Jiménez no puede atribuirse a una interpretación errónea de la fenomenología en el poeta de Moguer (Gracia, 1980, 162). Sino que existe una aproximación más transparente relacionada con la claridad y la desnudez de artificios. Finalmente, y a partir de 1976, puede decirse que Vicente Mojica vive una madurez literaria gracias a la cual logra las mejores composiciones de su trayectoria poética. Este periodo final es el mejor ejemplo de la expresión serena y pausada del poeta que ha luchado por pulir su técnica. Véase como ejemplo "Árbol mío de ayer" en *Árbol de mi sombra* (1976):

Hoy es ayer.
En mí ha resucitado
y estoy, niño otra vez,
bajo la sombra
del árbol paternal.
Los claros pasos
de la madre,

[13] Vicente Mojica Benito, *Palabras de mi amor y mi destino*, Alicante, Caja de Ahorros Provincial, 1971.

su voz,
su inconfundible
y acariciante voz nos acompaña.
Padre es igual que un árbol.
No le pidáis
demasiadas palabras.
Él es un árbol
crecido en el sudor. (Mojica, 1990, 235)

TRASCENDENCIA E INFLEXIÓN DE LA VIGILIA

A la luz de lo dicho hasta ahora y de su vasta producción pueden establecerse tres etapas bien diferenciadas: 1) Una primera que va desde 1958 a 1968 y que recorre *Llamada al corazón*, *Geografía del llanto* y *La paz nos esperaba*. 2) Un segundo periodo que alcanza el periodo 1969-1976 y que está conformado por *Cancionero desde la tierra a Dios*,[14] *Palabras de mi amor y mi destino* y *Detrás de las palabras*.[15] 3) Y una última etapa que se desarrolla entre los años 1976 y 1989, y que está compuesta por los libros *Árbol de mi sombra*, *Al pie de la esperanza*,[16] *Libro de las tribulaciones*[17] y *Espejo de la consumación*.

Como ya se ha visto, la poesía de Mojica se caracteriza por un lenguaje sencillo y revelador que está puesto al servicio de una misión pedagógica, en este caso católica. Puede que, efectivamente, la ética estética de Vicente Mojica se articule en "restaurar lo primario divino", "evangelizar esa Restauración" y "elementalizar" o "purificar el lenguaje" (Gracia, 1980, 166). En cualquier caso, predomina un sentimiento religioso que se extiende gracias a diversos elementos relacionados con el mensaje de la Iglesia y que se aglutinan bajo el concepto de trascendencia. Y no es solo que "Dios está presente a lo largo y ancho de toda la obra publicada de Mojica, no en vano estamos ante uno de nuestros más destacados poetas religiosos" (Porpetta, 1981, 13), sino que posee una "forma personal de abordar a Dios en su poesía" (Español, 2012, 12). Aunque en todo caso resulta desmesurado afirmaciones como que Vicente Mojica es un "renovador del misticismo español del siglo XX" (33). En este sentido, un libro relevante es *Cancionero desde la tierra de Dios* (1969), ya que el poeta plasma un lugar idealizado (L´Esplai)[18] y desarrolla una poesía *esencialmente* natural que le permite proseguir su conversación con Dios, así como utilizar formas religiosas tales como villancicos o composiciones navideñas:

Desde la iglesia,
anillada de pueblo,
el campo y Dios tan cerca,
mi corazón tan lejos.

La verde lejanía
del olivar.
Por sus sendas mi alma
soñando va. (Mojica, 1990, 136)

Vicente Mojica se nos presenta en sus poemas como un hombre humilde, con los pies en la tierra y muy lejos de una imagen enaltecida del poeta, que "antepone su Dios a su poesía" (Gracia, 1980, 162) porque es "el centro de su vida y de su arte" (Español, 2012, 12): "Dame el nombre, Señor, la voz precisa / con que Tú bautizaste cada cosa" (Mojica, 1990, 96). El planteamiento del poeta alicantino conecta directamente con la poesía española escrita durante los años siguientes a la finalización de la guerra.

---

[14] Vicente Mojica Benito, *Cancionero desde la tierra a Dios*, Palencia, Rocamor, 1969.

[15] Vicente Mojica Benito, *Detrás de las palabras*, Málaga, El Guadalhorce, 1973.

[16] Vicente Mojica Benito, *Al pie de la esperanza*, Alicante, Instituto de Estudios Alicantinos, 1979.

[17] Vicente Mojica Benito, *Libro de las tribulaciones*, Alicante, Caja de Ahorros Provincial, 1981.

[18] L´Esplai es la casa (entiéndase de campo, a la que suele referirse como finca o huerto) que Vicente Mojica poseía en el barrio alicantino de Vistahermosa. Este enclave físico protagoniza buena parte de la producción literaria del poeta alicantino, fundamentalmente aquella que, como hemos señalado, versa sobre la naturaleza. Del mismo modo, y a propósito de la lectura de Vicente Mojica en la poesía española de posguerra, el tema del paisaje entrelazado con el amor y el sentimiento religioso es una constante en revistas como *Escorial* y *Garcilaso*.

Como es sabido, la primera poesía de posguerra entiende arte y espíritu unidos, de tal manera que la poesía se convierte en revelación (Iáñez, 2008, 624-626).[19] Por citar un ejemplo, la revista *Escorial* desarrolla un *esencialismo espiritualizado* que fue evolucionando desde el neoclasicismo a un neorromanticismo apasionado (706). Leopoldo Panero o Luis Felipe Vivanco dejan por un momento el sentimentalismo del discurso dirigido a la amada para asentar su intimidad desde "la mirada de Dios" y el tiempo plácido. El hombre esencial, enviado por Dios, construye la intimidad en armonía con los días áureos y plácidos por la gracia divina, así como con el amor. Aunque existen muchos ejemplos a la hora de citar, *Tiempo de dolor* de Luis Felipe Vivanco puede condensar perfectamente la importancia del sentimiento religioso durante estos primeros años de posguerra, así como la exposición de una vida que consiste en un camino de perfección, gozo y martirio que tiene como último objetivo alcanzar la redención divina.

Si prestamos atención a las palabras que Vicente Mojica (1986) dedica al libro de Ángel Barquilla titulado *Ceremonial con la luz del alba*,[20] caeremos en la cuenta de que propone la poesía como uno de los caminos que el hombre tiene para llegar a Dios. Es más, entiende al hombre como una creación que solo "ve saciada su sed de infinito" con el hallazgo de Dios (11). Llegados a este punto, nos topamos con la trascendencia, un concepto que no solo explica la relación directa que hemos señalado entre la primerísima poesía española de posguerra y Vicente Mojica, sino que aporta el basamento primordial sobre el que se articula toda su producción literaria. Esta trascendencia tiene su principal razón de ser en que toda su poesía consiste en el "coloquio mudo que se establece entre el hombre que se eleva y Dios que sale a su encuentro" (Mojica, 1986, 11).

Este proceder puede considerarse "un automatismo" (Gracia, 1980, 162) que el poeta emplea constantemente para lograr dicha trascendencia, para convertirse en "el hombre que se eleva, aquí es el poeta" (Mojica, 1986, 11). Todo este planteamiento conecta con el significado más visible de la definición del acto poético que Mojica lleva a cabo: "para mí, la poesía es una constante permanencia en vigilia" (Mojica, en Molina, 1973, 99). En este sentido, la poesía es aprehendida como un estado de permanente espera al diálogo y llegada de Dios; o bien, como una mera oración litúrgica para alcanzar dicha trascendencia. El poema "Mañana, hoy, ahora" de *Árbol de mi sombra* (1976) puede ser una buena muestra:

Tú, yo, cualquiera de nosotros,
mañana, hoy, ahora,
en este mismo instante,
podría suceder que se encontrara
inesperadamente,
de pronto, frente a Dios.

Decid, decidme quién entonces
tendría tiempo de lavar sus manos,
quién podría
desteñirlas de culpa, lavar su corazón. (Mojica, 1990, 262)

En la otra cara de la moneda nos encontramos con una dimensión de la poesía como "constante permanencia en vigilia" que conduce este discurso hacia nuestro propósito, la vigilia como inflexión. Como veremos en las próximas líneas, la vigilia también puede referirse a las dudas de fe que muestra el poeta y, en consecuencia, a todo un aparato ideológico que configura una visión muy particular de su cristianismo. Antes de nada, y a pesar de la citada aproximación entre Mojica y el panorama poético de la primerísima posguerra, cabe advertir que el poeta alicantino no se posiciona en ningún momento con el ideario nacional o pone su pluma al servicio de la dictadura franquista, como así ocurre en muchos casos durante los primeros cursos de los años cuarenta.

[19] 1942 puede representar una primer frontera a la hora de diagnosticar una vuelta a lo religioso singularizada por dos signos de influencia: la "asimilación de la tradición cultural religiosa del XVI, actualizada y vinculada a la cultura de preguerra con replanteamientos formales", que puede estar representada por Gaos, Dámaso Alonso o Bousoño; y por otra parte, "una corriente de poesía religiosa sujeta a moldes clásicos, con una hipervalorada preocupación formal, predominante por entonces", como pueda ser la de Vivanco, Rosales, Pemán o Manuel Díez Crespo (Rubio, 1973, 462). En una vertiente, la oportunidad del centenario de San Juan de la Cruz que, como modelo de hombre y de época (Wahnón, 1987, 415-416), sirve para iniciar un camino de vuelta a la concepción liberal del arte. Mientras, en otra, la recuperación de Unamuno como poeta religioso inicia toda una tendencia "existencial-religiosa" (Rubio y Falcó, 1981,7).

[20] Ángel Barquilla Ramiro, *Ceremonial con la luz del alba*, Alicante, Caja de Ahorros Provincial de Alicante, 1986.

La poesía de Mojica no se compone exclusivamente de una perspectiva católica, sino que "no rehuye el pensamiento" y "expresa sus propias dudas" (Ruiz, 2015). O dicho de otro modo, afronta el problema de la trascendencia de Dios sin evitar cuestiones referidas a la condiciones sociales de la España de posguerra o a las propias vacilaciones del ánimo espiritual. Desde luego, "no pierde la fe, aunque pueda sufrir el tormento de la duda" (Español, 2012, 12). Pueden encontrarse muchas muestras de ese distanciamiento e interrogación propia, aunque es la segunda etapa de su trayectoria (1969-1976) –y más concretamente el libro *Palabras de mi amor y mi destino* (1971)– donde se intensifica con mayor notoriedad. Por ejemplo, "En plena oscuridad" es un texto crucial:

Enciéndeme una luz. Cómo es posible
que permitas que vaya como un ciego,
tropezando, cayendo, tropezando,
en plena oscuridad, con ambas manos
extendidas, buscándote angustiado,
y que te escondas,
Señor, de mí y te calles,
cuando te estoy llamando
desesperadamente, como un niño
extraviado en la noche,
que grita y llora
porque busca a su padre
y no lo encuentra. (Mojica, 1990, 159)

El poeta, en plena consonancia con la angustia existencial de los autores de su quinta (Valero Gómez, 2013, 77-80), se encuentra perdido, busca una luz a la que aferrarse y pronuncia un grito desgarrador:

En plena oscuridad, Señor; se apagan
ya las últimas luces,
agonizan
con temblores de frío
en mis esquinas,
y te llama aún mi voz, te está llamando.

Dame una luz, solo una
diminuta señal, como un resquicio
por donde ver tu resplandor
y hallarte. (Mojica, 1990, 159)

Tan solo por un momento la voz del escritor alicantino se siente abatida: "y será todo inútil, / y seré ya incapaz / de perseguir y de encontrar tus huellas" (Mojica, 1990, 160). El poemario citado prosigue este pulso gracias a composiciones como la siguiente, que lleva por título "Cómo sabré, Señor...":

¡Cómo sabré, Señor, cómo he de hallarte,
saber que Tú eres, ver que tus huellas
de ternura coinciden plenamente
con las divinas señas
de Dios que se ha hecho Niño!

[...]

¿Cómo he de hallarte, pues, qué nueva estrella,
como señal de amor que busco en vano,
he de esperar para encontrarte, verte,
saber que eres el Verbo ya hecho Carne?

¿Me lo dirán el pájaro y la rosa?
¡Avísame, Señor, haz que una brisa,
que un leve soplo tuyo, un beso alado,
me inunde tiernamente
y en mi sangre resuenen tus campanas! (Mojica, 1990, 161)

Las dudas no se terminan en una mera resignación. Mojica persigue el diálogo de antaño e interpela directamente a ese Dios que como en *Al pie de la esperanza* (1979) es redención e inspiración. Finalmente, *Palabras de mi amor y mi destino* (1971) se resuelve con un regreso al camino de la fe: "Descansa ya, Señor, tómame el pulso, / comprueba que no tiemblo" (Mojica, 1990, 164).

Para el poeta alicantino, la duda es ante todo un "tormento" (Español, 2012, 12) que hace tambalear la realización de su vitalismo poético. Como hemos visto, esta otra parte de la vigilia supone una inflexión porque, principalmente, estas dudas son consecuencia de las injusticias y desigualdades de las que el poeta es testigo durante la posguerra española. Recordemos que Vicente Mojica nace en un entorno de absoluta pobreza y que pese a las penurias económicas rechaza el amparo de un matrimonio adinerado (Vicente Otero Gozálvez y su mujer) para forjarse él mismo su educación y desarrollo profesional. De igual manera, la señalada devoción por Miguel Hernández (Mojica, 1978) o Antonio Machado son buenas pistas para abordar la inflexión de la vigilia.

El investigador Manuel Parra Pozuelo (2008) ha realizado un interesante estudio titulado "El primer poema de Vicente Mojica y otras apariciones en su obra del tema de la ciudad bombardeada". Esta publicación refleja la importancia del primer poema de Vicente Mojica, "Bilbao, la mártir" en la revista *Socorro Rojo Internacional*[21] durante el año 1937, y da buena cuenta de su participación en el bando republicano durante la guerra:

¡Entregad la vida, vascos
antes de que pase el fascio,
más vale morir de pie
que morir arrodillados!
¡Viva la mártir Bilbao!
¡Viva la brava ciudad
que derramando su sangre
defiende la libertad! (Mojica, en Parra, 2008, 70-71)

Por entonces, el poeta solo cuenta con catorce años y se le encargan trabajos para el diario *Nuestra Bandera*, mientras es afiliado a la Unión General de Trabajadores. Es curioso, al mismo tiempo que sintomático, que este poema haya sido excluido de la *Obra poética* (1990) que reúne toda su producción lírica.

Esta composición es una buena piedra de toque a la hora de profundizar en la inflexión de la vigilia y la cara menos visible que engloba la trascendencia divina. Queremos decir, en otras palabras, que la poesía de Vicente Mojica presenta una tensión de fondo evidente entre este continúo coloquio con Dios y los temas puramente sociales. La primera (1958-1968) y última etapa (1976-1989) de la producción poética de Mojica presenta signos claros de una preocupación política y social que, en todo caso, no imposibilita o invalida su *esencialidad* católica, sino que la hace posible en tanto en cuanto no responde más que a una depuración de su inicial frentepopulismo (véase "Bilbao, la mártir" y su vinculación ideológica) hacia una preocupación por el ser humano que no deja ser generacional y de corte religioso.

Y esta tensión, como hemos visto, se presenta mediante varias formas y desde sus principios. Sus primeros poemarios –*Llamada al corazón*, *Geografía del llanto* y *La paz nos esperaba*, aquellos que componen la primera etapa (1958-1968)– inician esta línea estética menos reconocida. Por ejemplo, *Llamada al corazón* combina una primera parte destinada a la ternura de la amada, al hallazgo de Dios o al ambiente familiar del hijo y la amistad con una segunda parte gobernada por un tono reivindicativo y verdaderamente crudo. Hacemos hincapié en esta inflexión y en esta otra parte de la moneda de la vigilia porque, sin lugar a dudas, es un ámbito de la poesía de Mojica que no se ha estudiado. Aquello que dijimos más arriba acerca de la automatización de Vicente Mojica como un poeta netamente católico. De este modo, un poema como "Llamada a las conciencias" (*Llamada al*

[21] Para más detalles sobre esta publicación proponemos consultar Moreno Sáez (1994, 173-176). De la revista del *Socorro Rojo Internacional* se publican 21 números entre el 13 de marzo de 1937 y enero de 1938. A la hora de citar dicho poema, empleamos Parra (2008). Cabe advertir, en último lugar, que la difusión de dicho órgano tenía un impacto internacional. Quiere decirse, en consecuencia, que una composición como la del joven Mojica, tan solo catorce años, adquirió una repercusión inimaginable para aquella época.

corazón) da el pistoletazo de salida a esta tensión mediante el tema de la pobreza en la infancia: "niños igual de niños que nuestros propios hijos, / sin que nadie les vista ni les tienda una mano" (Mojica, 1990, 54).

A este, le siguen otras composiciones con títulos bastante clarificadores como "Emigrante" o "Canto a la verdad". Especial importancia tienen los dos últimos poemas, "Llamada inútil" y "Voz fiel al sentimiento". "Llamada inútil" se apoya en una relevante cita de Eugenio de Nora ("Es tiempo de no plantar rosales. Acordaos") y expone con claridad la vertiente socialmente comprometida contra la dictadura:

Oh, no, ya no, Poeta, hoy ya no es tiempo
de cultivar las rosas; se alzan las bayonetas
con un aliento de odio al amor dirigido
y un brotar de amapolas en sus filos espera.

Una ausencia de rosas, habitada de cardos,
tiene el aire de angustia de la atmósfera densa
y una enorme cosecha de muertes en racimos
por un cielo de cuervos se presiente muy cerca. (Mojica, 1990, 58)

Estos versos acompañan a "Voz fiel al sentimiento", dedicado a un poeta de clara ascendencia frentepopulista como Manuel Molina y con claras referencias a la situación de los intelectuales por aquellos años:

Estáis todos callados,
mudos como los muertos.

Y bajáis la cabeza de Vergüenza
porque pensáis lo mismo que yo pienso.

Porque guardáis podridas las palabras,
mascullando en silencio
todas vuestras desdichas
que no decís por miedo. (Mojica, 1990, 61)

Debe reconocerse la valentía y la honradez de Vicente Mojica a la hora de llamar las cosas por su nombre y arremeter, si su conciencia considera necesario, contra todos aquellos arribistas intelectuales –o no intelectuales– que se mantienen callados frente a las tropelías de la dictadura.

El análisis concienzudo de la línea más comprometida de Vicente Mojica permite precisar su demarcación ética estética. Ya hemos visto que su tradición católica y neoclasicismo lo sitúan junto a la vertiente más religiosa que se desarrolla en los años cuarenta. Sin embargo, que "el sujeto de su poesía" sea "siempre el Hombre", "sencillo y concreto, forjado a martillazos" (Español, 2012, 32) obliga a abrir el abanico y situar a Vicente Mojica en esa diáspora que se produce en el panorama poético español en torno al año 1944 (Prieto de Paula, 1991). Aunque con casi una década de retraso, la poesía del alicantino también pertenece a ese mapa estético en el que quedan reflejados la conjugación del rescate de Unamuno, así como la rehumanización mediante los temas de *Espadaña* y la apuesta, principalmente de *Corcel*, por el neorromanticismo.

La situación tiene mayor calado desde el punto de vista histórico, puesto que si España vive una situación de posguerra, a su vez, el desenlace de la Segunda Guerra mundial marca esta coyuntura. Sin lugar a dudas, y finalmente, se trata de un clima donde se suman un modelo religioso y la reacción contra este formalismo y neoclasicismo mediante el neorromanticismo acorde con "el propio tiempo cultural que se vivía" y con el auge de la filosofía existencial (García de la Concha, 1987, Vol. II, 609). La cita de Eugenio de Nora es más que sintomática, ya que el poeta de *Espadaña* y (principalmente) Blas de Otero abren las puertas del existencialismo hacia la poesía social. Digamos, como resumen, que Vicente Mojica refleja la influencia de todo este clima rehumanizador producido durante los años cuarenta y al que llega tarde –por edad y residir en provincias– aunque en ningún caso alcanza la poesía social, aquí se detiene su territorio ético estético.

Este pulso estético prosigue durante la citada primera etapa. El libro *Geografía del llanto* (1963) alimenta este didactismo social gracias a una "muestra de sentimiento terrenal" (Molina, 1973, 89). No olvidemos que Vicente Mojica también entiende la poesía como una misión evangelizadora. Si la anterior entrega se apoyaba en el amor, ahora es la esperanza quien capitaliza su ética más social. *Geografia del llanto* posee una notoria madurez y desde el primer texto asienta una visión cristiana que no se desentiende de la realidad. Sin lugar a dudas, el poeta está perfeccionando su propio camino estético. En este sentido, "Desde el silencio" es una de las composiciones más

rudas y áridas: “Son muchos muertos un millón de muertos / para olvidar su peso de criaturas. / Llevo un millón de voces que me gritan / desde dentro de mí y de mi silencio, / con mi llanto por todas sus ausencias” (Mojica, 1990, 67). O los siguientes versos que forman parte del poema que da nombre al libro: “Oh, vida, vida, cómo has ido enseñándome / la nueva geografía no aprendida de niño” (Mojica, 1990, 75).

La tensión social de esta primera etapa concluye con *La paz nos esperaba* (1966), un conjunto textual que está dedicado al tema de España en la Guerra Civil. El poeta afronta la nostalgia y el recuerdo de la guerra gracias a un sentido lírico “con la continuidad y la reiteración de un canto, de una narración musical, elegíaca” (Molina, 1973, 90). La presencia de la muerte, el odio, las banderas o la ciudad repleta de cadáveres son una constante. Otro aspecto muy interesante es el tema de la ciudad bombardeada, apartado que ha sido estudiado por Parra Pozuelo (2008) en su citado artículo. Entre los poemas que desarrollan esta temática destaca el texto sin título (Mojica, 1990, 106-107) que aborda el bombardeo que sufre el Mercado Central de Alicante el 25 de mayo en 1938, uno de los ataques más crueles y estudiados de la Guerra civil (Pérez Oca, 2005; Iniesta y Coll, 2000; Solé y Villarroya, 2003).

Esta primera etapa deja paso a una segunda etapa de la que ya hemos dicho que destaca el cuestionamiento de la fe. De este modo, nos topamos ante un desarrollo poético que trata de compaginar la tensión fe / injusticia social en su primera etapa, y una segunda dominada por la duda. Las razones para pensar así se basan en que la presencia de Dios en la poesía de Mojica parte de la cotidianeidad, de su “redescubrimiento” constante en la “realidad misma” (Español, 2012, 12). El problema surge cuando el poeta vive rodeado por una realidad huérfana de la bondad y del amor que propugna en sus versos. Es decir, la problemática social (debido a la injusticia, el hambre, el odio, la muerte o las desigualdades) trae consigo el otro significado que proponemos para la poesía como “constante permanencia en vigilia”: la vigilia como inflexión, como duda de la trascendencia ante la crueldad social.

Esta problemática se resuelve poco a poco en la segunda etapa hasta alcanzar la plenitud ética y estética de la tercera etapa. Un libro como *Árbol de mi sombra* (1976) representa la integración de estos dos polos. A partir de ahora, los poemas que muestran una preocupación social se visten de un mensaje luminoso y esperanzador, se hace presente la intención didáctica y evangelizadora. “Mensaje de urgencia”, “Pueblo” o “Palabras inútiles” son muestras de esta síntesis entre el poema de urgencia y el mensaje religioso. Mojica, incluso, interpela directamente a una sociedad civil que considera “autómatas” y “esclavos del reloj”, véase sino el poema “A vosotros os digo” (Mojica, 1976, 28-29). Otro texto como “El compromiso” deja claro que sus convicciones albergan profundos lazos católicos: “El hombre es quien me duele, / ¡quien siempre me ha dolido!” (Mojica, 1976, 30).

Más que nunca, Mojica expresa su solidaridad e interés exclusivo por la existencia del ser humano, según la poesía escrita durante los años cuarenta en España. Ello puede verse en el vitalismo renovado de *Al pie de la esperanza* (1979), el talante humanista de *Libro de las tribulaciones* (1981) o la perfección personal de *Espejo de la consumación* (1987). Queda instaurada así una de las nociones de compromiso más peculiares de la poesía española de posguerra, allí donde el propio poeta alicantino habla de compromiso para la poesía religiosa del Padre Ángel Barquilla (Mojica, 1986, 12) o aquello que Vicente Ramos (1990, 18-19) tanto teme afrontar cuando lo define como “ámbito sociológico” o “politicismo”. Sin lugar a dudas, un reflejo sincero e ilustrativo de la coyuntura histórica reciente de este país.

MAGISTERIO Y ORBE: UNA MIRADA HACIA DELANTE

De carácter “infinitamente generoso” y muy “accesible” a las inquietudes de los autores más jóvenes (Ruiz, 2015; 2008; Ferris, 2008), Vicente Mojica no solo comparte una orientación poética con aquellos con los que convivió (Manuel Molina, Ernesto Contreras, Vicente Ramos, Joan Valls Jordá, Julián Andúgar, etc.), sino que –como veremos en las próximas líneas– ha marcado una línea ética y estética en el desarrollo ulterior de la poesía alicantina. El propio Vicente Mojica establece en su poética para la *Antología de la Poesía alicantina actual (1940-1972)* de Manuel Molina (1973, 100) los ejes principales de su poesía: 1) su experiencia “primera” y “vital trascendente” de la guerra como niño-poeta; 2) la “semilla” de su formación en colegios religiosos (destacan los salesianos) y la doctrina de Cristo; y 3) la “influencia decisiva” de “mis raíces humildes y entrañables, los medios escasos, la necesidad de los míos” para sentirse al lado de los “más necesitados”.

Este pequeño esquema, así lo considera el propio autor, es un resumen muy breve de todas las pautas y pormenores que hemos señalado más arriba a propósito de la poesía de la vigilia. A continuación, nos proponemos apuntar algunas pinceladas sobre la continuidad y reflejo que ha tenido el escritor alicantino en las promociones siguientes. De este modo, vamos a hablar principalmente de tres autores que no solo dejan constancia de su admiración hacia Mojica, sino que, al formar parte de tres generaciones distintas, dejan entrever la influencia y recorrido de su magisterio poético en el tiempo. El primero de ellos, Ángel Barquilla Ramiro, nace en 1938 en

Romangordo (Cáceres) y fallece en Castellón en el año 2004. Desde los años setenta, vive largas temporadas y frecuenta su residencia en Alicante debido a su dedicación a la orden agustiniana.

La obra del Padre Ángel Barquilla se compone principalmente del citado *Ceremonial con la luz del alba* (1986), *Sendero de esperanza*,[22] *Nanas para el niño Dios*,[23] *Silabario de preguntas. Poesías*[24] más *Y la palabra se hizo verso*.[25] Como ya hemos destacado, Mojica facilita la publicación de *Ceremonial con la luz del alba* en el servicio editorial de la Caja de Ahorros Provincial de Alicante, así como realiza un prólogo a la edición. Damos por hecho, en cualquier caso, que entre Mojica y Barquilla existe una amistad que parte de sus creencias religiosas. El prólogo en cuestión, "La poesía del P. Ángel Barquilla Ramiro" (Mojica, 1986), destaca las mayores virtudes del poeta agustino y realiza una lectura destacable de aquellos aspectos que aproximan las dos trayectorias. Por ejemplo, el concepto de trascendencia es un elemento recurrente en Ángel Barquilla y puede verse en el siguiente poema titulado "Acechando tus pasos":

Aquí me tienes, Dios, puesto al acecho,
oteando a lo lejos tu camino
por ver si entre las brumas adivino
tu firme caminar por mi barbecho. (Barquilla, 1986, 22)

La utilización de estructuras como el soneto y la fluidez del verso invitan a estudiar esta relación más en profundidad. Además, el sentimiento religioso se vertebra gracias a la alegría por la llegada de Dios y la presencia de la luz. También se utilizan fórmulas de marcado carácter religioso como los salmos, las oraciones, las epístolas o los credos. En cualquier caso, parece evidente que estos poetas forman parte destacable de la poesía mística desarrollada en el panorama alicantino desde la posguerra hasta nuestros días.

Otro poeta del que ya hemos hablado y posee una conexión indudable con Vicente Mojica es Francisco Alonso Ruiz. Nacido en la ciudad de Alicante en 1948, ha participado en multitud de iniciativas artísticas de la capital, como cine, teatro, radio e incluso el ambiente *fogueril*. Como ya hemos señalado en varios estudios al respecto de su obra (Valero Gómez, 2011; 2012; 2013), la poesía de Francisco Alonso precisa ser ordenada y publicada en las condiciones que su calidad merece. Hasta el momento, contamos con escasamente cuatro publicaciones: *Acento humano*,[26] la *plaquette* que logra publicar con apenas veinte años y gracias al patrocinio de su madre; *Testimonio de tiempo*,[27] que gestiona Vicente Mojica en la Caja de Ahorros Provincial de Alicante; *Soledad de alma*[28] y, recientemente, *Cuaderno de ahora mismo*.[29] También merece la pena señalar que ha publicado en numerosísimas revistas y antologías, destacando entre todas ellas su inclusión en la revista *IEA* (Instituto de Estudios Alicantinos), en el número dedicado a la poesía joven de la provincia de *Forma abierta* (número 12, 1981, suplemento de la revista Instituto de Estudios Alicantinos) y, en último lugar, la antología sobre cuatro poetas alicantinos que lleva por título *El tiempo de los héroes*.[30]

El propio Francisco Alonso (2008; 2015) ha contado cómo nace su amistad con Vicente Mojica, de hecho juega un papel importante en el homenaje que la revista alicantina *AUCA* celebra en su honor en el año 2008. Su poesía ha sido definida como "corporal" y en pleno diálogo con la "sustancia que impregna la naturaleza y los objetos" (Zapata, 2012, 44). Desde luego, esta definición se refiere a una lectura global de su poesía –nosotros mismos la hemos definido como de resistencia (Valero Gómez, 2011)– y que principalmente explica los derroteros hacia dónde se ha dirigido esta. Sin embargo, conviene regresar a los inicios de la poesía de Francisco Alonso Ruiz para encontrar qué pudo impresionar a Vicente Mojica y, en consecuencia, tenderle su mano amistosa.

La primera producción poética de Alonso Ruiz (pongamos por caso, desde 1969 hasta 2001) está gobernada por unos interrogantes que se debaten entre la fe, el dolor del ser humano y la utilidad / inutilidad de la propia existencia. *Acento humano* (1969), su carta de presentación, adelanta la presencia de la muerte como uno de los temas más importantes de su poesía: versos como "marcado por la muerte, lucho y vivo" o "hay que morir un poco cada día" son buena muestra de ello. Sentimientos tales como el dolor, el miedo y la angustia recorren esta primera entrega. No obstante, el libro se presenta como una "búsqueda, a través de la muerte, de Dios y de la vida", según

[22] Ángel Barquilla Ramiro, *Sendero de esperanza*, Zamora, Ed. Montecasino, 1988.
[23] Ángel Barquilla Ramiro, *Nanas para el niño Dios*, Madrid, Revista Agustiniana, 1991.
[24] Ángel Barquilla Ramiro, *Silabario de preguntas. Poesías*, Madrid, Revista Agustiniana, 1999.
[25] Ángel Barquilla Ramiro, *Y la palabra se hizo verso*, Madrid, Revista Agustiniana, 2006.
[26] Francisco Alonso Ruiz, *Acento humano*, Alicante, edición del autor, 1969.
[27] Francisco Alonso Ruiz, *Testimonio de tiempo*, Alicante, Caja de Ahorros Provincial de Alicante, 1982.
[28] Francisco Alonso Ruiz, *Soledad de alma*, Elche, Lunara, 2001.
[29] Francisco Alonso Ruiz, *Cuaderno de ahora mismo*, Alicante, Presencias Aucanas, 2012.
[30] Manuel Valero Gómez, *El tiempo de los héroes. Cuatro poetas alicantinos*, Alicante, Aguaclara.

reza la presentación del autor. Ya pueden advertirse algunas huellas (los sonetos dedicados a Miguel Hernández y el desarrollo clásico de las composiciones) de aquello que más pudo interesar a Mojica en su poesía. Al respecto, Dios (o el Señor) aparece como un interlocutor, a veces asumido y otras reclamado, que no es más que un testigo directo del sufrimiento del poeta, que no es más que el testimonio del sufrimiento de todos los hombres. El último poema, "Oración antes de morir", es desgarrador:

He perdido, Señor, esta batalla
porque tu omnipotencia me ha vencido.
A tus pies derrotado y abatido,
sin nada que decir, mi voz se calla.

[...]

Ya mírame, Señor, lleno de miedo
esperando la muerte gota a gota
para gozar de tanto amor, Dios mío. (Ruiz, 1969, s/n)

Recordemos que, por entonces, el poeta cuenta con apenas veinte años. Más adelante, en el tramo de tiempo que alcanza hasta *Testimonio de tiempo* (1982), Francisco Alonso escribe un extenso conjunto textual que será el que entregue a Mojica y le ayude a publicar en la Caja de Ahorros Provincial de Alicante. Según las palabras del propio Alonso Ruiz, y a la luz del prólogo "Un nuevo nombre en la poesía alicantina", Vicente Mojica (1982, 9) destacó del joven autor su "formación más humana que científica", su preocupación por las miserias humanas y su "riqueza de innatas intuiciones, de aciertos asombrosos" con la "frescura y la gracia de la espontaneidad, de la sencillez, de la incontaminación de corrientes nuevas y experimentales".

Testimonio de tiempo cierra una primera etapa de la producción poética de Alonso que concluye con el final del siglo XX. Estos poemas no hacen más que recalcar que la tragedia del ser humano reside en su soledad frente a la existencia. Y de algún modo, como ya anuncia *Acento humano*, el poeta se mantiene en rebeldía ante un Dios que no acude a su súplica de auxilio. *Testimonio de tiempo* es el descubrimiento de una realidad íntima consagrada al replanteamiento del modelo existencial que ha sufrido el propio autor, hablamos de una formación religiosa a consecuencia de la dictadura, del entorno familiar y de sus propios intereses. Quizá, las mayores diferencias entre Mojica y Alonso se encuentran en que, este último, ha optado por la conformación de esta subjetividad en la que el propio poeta asume la creación de un Dios íntimo: "Siento a mi Dios oculto que me llama / a través de la noche o el vacío" (Ruiz, 1982, 29). El ambiente sórdido, esa atmósfera oscura, que está presente en el tono general de su poesía también es un factor relevante.

A partir de aquí, desde los poemas escritos durante los años noventa en adelante y fundamentalmente con el nuevo siglo, Alonso Ruiz supera la conciencia-Dios y su ética estética se dirige hacia la consumación de la tríada naturaleza / ciudad / casa-mundo (Valero Gómez, 2012, 8). Esta nueva coyuntura poética abre distancia con Vicente Mojica y, ahora, su propuesta se orienta más hacia la intimidad cotidiana, el mundo objetual y urbano. De alguna manera, el poeta rompe las costuras que le unían al corsé del clasicismo y no duda en dejar entrar nuevos aires neorrománticos. *Soledad de alma* (2001) es un buen reflejo de este cambio de ritmo. Aunque persiste la noche como dolor o la preocupación por el ser humano, Dios aparece definitivamente como culpable y un ser desentendido que, incluso, quiere arrebatarle a su madre: "Golpea, Dios, su corazón. Golpea / el corazón cansado de mi madre".

Soledad de alma es la piedra angular sobre la que se basa su poesía de madurez (Valero Gómez, 2013, 21), y desde donde puede leerse con asombro la exactitud y sensibilidad de *Cuaderno de ahora mismo* (2012). La victoria del espacio revivido y doliente sobre la intimidad (Valero Gómez, 2012, 9) nos hace firmar debajo de aseveraciones tales como que la "catarsis diaria" de Francisco Alonso muestra un poeta "nuestro y necesario" (Zapata, 2012, 43). Valga indicar, por último, que podemos encontrar varios poemas dedicados a Vicente Mojica, entre ellos destacan los incluidos en el homenaje de la revista *AUCA* (2008, 56-62), algunos inéditos, aunque siga destacando la composición que abre *Testimonio de tiempo*, "A Vicente Mojica" (1982, 13): "Poeta de las cosas más cercanas / y más sencillas: yo tu nombre quiero / poner junto a mi nombre en el alero / donde vuelan mis aves más tempranas".

En último lugar, mencionamos el caso de Joaquín Juan Penalva. Oriundo de Novelda, nace en esta localidad en el año 1976, es doctor en Filología Hispánica y trabaja actualmente como profesor de la Universidad Miguel Hernández de Elche. Ha publicado varios libros de poesía: *Babilonia, mon amour* (junto con Luis Bagué),[31] *La tristeza de los sabios*,[32] *Hiberna, hibernorum*[33] y *Anfitriones de una derrota infinita*,[34] que ha sido reconocido con el XXXV Premio de poesía de la Crítica Literaria Valenciana. Las dos primeras entregas de Penalva se caracterizan por su fascinación por el cinematógrafo y el culturalismo. En estos títulos no existen rastros a la hora de trazar un paralelismo con la poesía de Vicente Mojica. Aunque, por otro lado, sí que se atisba un didactismo de fondo que, pese a no mostrar la entereza católica que quizá luego alcance mayor vigor, permite aproximar poco a poco a sendos autores.

Caso bien distinto es el de *Hiberna, hibernorum* (2013), ya que presenta un trasfondo afín al de Mojica. A lo largo de este poemario, Joaquín Juan Penalva realiza un balance de su vida cotidiana apoyándose en el saldo de victorias y fracasos. La voz experiencial y la vida familiar están muy presentes durante todas las composiciones. Destaca, por ejemplo, la alusión constante a los hijos; hecho que nos recuerda la última parte de la trayectoria poética de Vicente Mojica, pónganse por caso el título *Al pie de la esperanza* (1979). Pero, sin lugar a dudas, donde el magisterio se hace más visible es en el poema que rinde tributo a la memoria del propio Mojica. "Palimpsesto", que incluye la dedicatoria "Para Vicente Mojica, *in memoriam*", hace visible el gusto del joven escritor:

Ahora que las glorietas
llevan tu nombre,
ahora que los sueños
lamentan tu ausencia,
escucho
la *llamada al corazón*
que traza
una *geografía del llanto*
en el lugar
donde *la paz nos esperaba*. (Juan Penalva, 2013, 27)

En último lugar, *Anfitriones de una derrota infinita* es una continuación estética de *Hiberna, hibernorum*. Sigue presente ese paralelismo con el humanismo y la sencillez de Mojica. Quizá, "…Vita Brevis" sea uno de los mejores ejemplos del tono confesional e íntimo donde poesía y vida se confunden:

El mundo es tan grande…
y tanto los libros,
y tantos los sueños…
que cada vez me veo
más pequeño,
más insignificante,
más cercano al suelo,
parte del polvo,
fragmento de la tierra,
promesa de ceniza,
certeza de nada. (Juan Penalva, 2015, 51)

Finalmente, y gracias a esta revisión de la obra del poeta alicantino, podría decirse que leer hoy a Vicente Mojica, como a él tanto le gustaba decir, es revivir aquella vieja misión que la poesía cumplía: no más que un estado de vigila, acaso permanente.

[31] Joaquín Juan Penalva y Luis Bagué Quílez, *Babilona, mon amour*, Murcia, Universidad de Murcia, 2005.

[32] Joaquín Juan Penalva, *La tristeza de los sabios*, Valladolid, Academia Castellana y Leonesa de la Poesía & Editorial Azul, 2007.

[33] Joaquín Juan Penalva, *Hiberna, hibernorum*, Elche, Frutos del tiempo, 2013.

[34] Joaquín Juan Penalva, *Anfitriones de una derrota infinita*, Madrid, Huerga & Fierro, 2015.

BIBLIOGRAFÍA

AA. VV., (1975). *Narradores alicantinos de 1954*. Barcelona: Ediciones Marte.

ALONSO DÁVILA, I. y SÁNCHEZ LÓPEZ, C. (1992). *De viva voz: la posguerra en el casco antiguo. "Es que en la posguerra fue peor que en la guerra..."*. Alicante: Excmo. Ayuntamiento de Alicante.

AUCA DE LAS LETRAS. REVISTA LITERARIA Y ARTÍSTICA (2008). Monográfico dedicado a Vicente Mojica. 14, noviembre de 2008.

AZUAR CARMEN, R. (1980). *Alicante y lo alicantino*. Alicante: Publicaciones de la Obra Social y Cultural de la Caja de Ahorros Provincial de Alicante.

BARQUILLA RAMIRO, P. Á. (1986). *Ceremonial con la luz del alba*. Alicante: Caja de Ahorros Provincial de Alicante.

BAUTISTA BELDA, V. (1988). *Vega Baja*. Orihuela: Gráficas Zerón.

BAUZÁ, J. (1975). "Noticia sobre la generación del horror". AA. VV. (1975), pp. 7-18.

CANELOBRE (1989). *Cultura y sociedad en Alicante en los años cincuenta*. 14/15, Instituto de Cultura Juan Gil-Albert.

CERDÁN TATO, E. (1978). *La lucha por la democracia en Alicante*. Alicante: Librería Compás, 2001, 2ª ed.

—(1992). *La estética en el escritor alicantino. Memoria y vicisitud de la iniciación a una estética o como las uvas que reviven en el vino profano*. Valencia: Bancaja.

CHIPONT, L. y CHIPONT, E. (1984). *Alicante, años cuarenta*. Alicante: Gráficas Díaz.

ESPAÑOL BOUCHÉ, L. (2012). *Tres poetas alicantinos*. Alicante: Editorial Club Universitario.

FERNÁNDEZ, F. J. (2008). "El auto sacramental en Vicente Mojica. Semblanza de *El sembrador de vientos*". *AUCA* (2008), pp. 65-66.

FERRIS, J. L. V. (2008). "Espejo de una amistad". *AUCA* (2008), pp. 7-9.

GARCÍA, M. Á. (2012), "Leer en defensa propia". *El genio maligno. Revista de humanidades y ciencias sociales*, 10, pp. 161-168 [en línea].

GARCÍA DE LA CONCHA, V. (1987), *La poesía española de 1935 a 1975. Volumen I. De la preguerra a los años oscuros 1935-1944; Volumen II. De la poesía existencial a la poesía social 1944-1950*. Madrid: Cátedra.

GRACIA, A. (1980). "Una poética y un tópico desautomatizado. (Aproximación a M. Molina y V. Mojica)". *IEA*, 30, pp. 153-169.

—(1989). "Diez notas sobre la poesía en Alicante (1950-1959)". *Canelobre* (1989), pp. 139-160.

IÁÑEZ, E. (2008). *Falangismo y propaganda cultural en el «Nuevo Estado»: la revista «Escorial»*. Tesis doctoral dirigida por el profesor Dr. José A. Fortes Fernández. Granada: Departamento de Literatura Española de la Universidad de Granada.

INIESTA PÉREZ, J. L. y COLL PUJOL, J. (2000). *Bombardeos del Litoral Mediterráneo durante la Guerra Civil*. Valladolid: Quirón Ediciones.

JUAN PENALVA, J. (2007). *La tristeza de los sabios*. Valladolid: Academia Castellana y Leonesa de la Poesía & Editorial Azul.

—(2013). *Hiberna, hibernorum*. Elche: Frutos del tiempo.

—(2015). *Anfitriones de una derrota infinita*. Madrid: Huerga & Fierro.

JUAN PENALVA, J. y BAGUÉ QUÍLEZ, L. (2005). *Babilonia, mon amour*. Murcia: Universidad de Murcia.

LÓPEZ GORGÉ, J. (1989). "Las polémicas literarias de la época". *Canelobre* (1989), pp. 27-32.

MARTÍNEZ MORELLÁ, V. (1963). *Escritores alicantinos del siglo XX*. Alicante: Sucesor de Such, Serra y compañía.

MOJICA, V. (1969). "Si Dios no me escuchara...". *IEA*, 1, pp. 121-127.

—(1976). *Árbol de mi sombra*. Málaga: El Guadalhorce.

—(1978). "La religiosidad de Miguel Hernández y su poesía". *Litoral*, 73-75, pp. 105-122.

—(1981). *Libro de las tribulaciones*. Alicante: Publicaciones de la Obra Social y Cultural de la Caja de Ahorros Provincial de Alicante.

—(1982). "Un nuevo nombre en la poesía alicantina". En Alonso (1982), pp. 9-10.

—(1985). *El sembrador de vientos*. Alicante: Caja de Ahorros Provincial.

—(1986). "La poesía del P. Ángel Barquilla Ramiro". En Barquilla (1986), pp. 11-15.

—(1987). *Espejo de la consumación*. Valencia: Anteo.

—(1990). *Obra poética 1958-1988*. Alicante: Caja de Ahorros del Mediterráneo.

MOLINA, M. (1973). *Antología de la Poesía alicantina actual (1940-1972)*. Alicante: Publicaciones de la Obra Social y Cultural de la Caja de Ahorros Provincial de Alicante.

—(1989). "Recuerdos del ambiente literario". *Canelobre* (1989), pp. 39-45.

MORENO SÁEZ, F. (ed.). (1994). *La prensa en la provincia de Alicante durante la Guerra Civil (1936-1939)*. Alicante: Instituto de Cultura Juan Gil-Albert.
ORS MONTENEGRO, M. (2008). *Elche, una ciudad en guerra (1936-1939)*. Elche: Librería Ali i Truc.
PARRA POZUELO, M. (2008). "El primer poema de Vicente Mojica y otras apariciones en su obra del tema de la ciudad bombardeada". *AUCA* (2008), pp. 70-72.
PÉREZ OCA, M. Á. (2005). *25 de mayo: la tragedia olvidada*. Alicante: Editorial Club Universitario.
PORPETTA, A. (1981). "Prólogo para el Libro de las Tribulaciones de Vicente Mojica". En Mojica (1981), pp. 11-17.
PRIETO DE PAULA, Á. L. (1991). "La diáspora de los *Hijos de la ira* (lírica española de 1944 a 1952)". *La lira de Arión*. Alicante: Universidad de Alicante, pp. 109-157.
RAMOS, V. (1966). *Literatura Alicantina (1839-1939) (Ensayo crítico y bio-bibliográfico)*. Madrid-Barcelona: Alfaguara.
—(1979). *Estudios de Literatura Alicantina (Primera Serie)*. Alicante: Publicaciones de la Obra Social y Cultural de la Caja de Ahorros Provincial de Alicante.
—(1980). "Hacia un concepto de literatura alicantina". *Anales de Literatura Hispanoamericana*, 9, pp. 323-332.
—(1990). "Prólogo". En Mojica (1990), pp. 11-41.
—(1992-1994). *Alicante, en el Franquismo (Historia y Memoria)*. Alicante: Gráficas Vidal-Leuka, II Vol.
—(1999). "Cordialidad general". *Información*, sábado 8 de mayo 1999, pág. 21.
RUBIO, F. (1973). "La poesía española en el marco cultural de los primeros años de posguerra". *Cuadernos Hispanoamericanos*, 276, pp. 441-467.
RUBIO, F. y FALCÓ, J. L. (1981). *Poesía española contemporánea. Historia y antología (1939-1980)*. Madrid: Alhambra.
RUIZ, F. A. (1969). *Acento humano*. Alicante: edición del autor.
—(1982). *Testimonio de tiempo*. Alicante: Caja de Ahorros Provincial de Alicante.
—(2001). *Soledad de alma*. Elche: Lunara.
—(2008). "Mi amistad con Vicente Mojica". *AUCA* (2008), pág. 67.
—(2012). *Cuaderno de ahora mismo*. Alicante: Presencias Aucanas.
—(2015). Entrevista personal celebrada el 22 de abril de 2015.
RUIZ GALIANO, F. (2008). "Vicente Mojica, en el recuerdo...". *AUCA* (2008), pp. 13-16.
SOLÉ, J. M. y VILLARROYA, J. (2003). *España en llamas, la Guerra Civil desde el Aire*. Madrid: Temas de Hoy.
VALERO GÓMEZ, M. (2010). "Nociones de filosofía poética en Antonio Machado. Esencialidad temporal y el No-Ser". *AUCA. Revista Literaria y Artística*, 20, pp. 30-34.
—(2011). "Poesía de *resistencia*: una poética trágica y existencialista (Notas sobre Francisco Alonso Ruiz)". *AUCA*, 23, pp. 12-17.
—(2012). "*Cuaderno de ahora mismo*: hacia la última poesía de Francisco Alonso Ruiz". *AUCA*, 25, pp. 8-9.
—(2013). *El tiempo de los héroes. Cuatro poetas alicantinos*. Alicante: Aguaclara.
—(2015). "La Trastienda, un mito de la bohemia provinciana". *El Taladro. Elche, la re-vista,* 2 de febrero, 2015. Recuperado de http:www.eltaladro.es/2015/02/la-trastienda-un-mito-de-la-bohemia-provinciana/.
—(2017). "Vicente Mojica y la poesía infantil". *Peonza. Revista de literatura infantil y juvenil*. núm.123, pp. 38-43.
—(2018). *El grupo de «Intimidad Poética». Primera promoción poética de la posguerra alicantina.* Málaga: El Toro Celeste / Fundación Unicaja / UNED Málaga / Diputación de Málaga.
WAHNÓN, S. (1987). *Estética y crítica literarias en España (1940-1950)*. Tesis doctoral dirigida por el Dr. D. Antonio Sánchez Trigueros. Granada: Departamento de Lingüística general y Teoría de la Literatura, Facultad Filosofía y Letras.
ZAPATA PÉREZ, A. (2012). "Madurez y dignidad de un escritor". *AUCA*, 26, pp. 43-44.

REMEMBRANZA

Me gustaría salvar la memoria de un niño que un día oye a su padre llorar porque ha perdido el trabajo, e inmediatamente va a pedir un empleo de botones en el Club de Regatas, donde trabajaba ya su hermano mayor, para ayudar a su familia. Contaba riéndose, que era tan pequeño, que ponía sillas a los demás para que le dieran más propinas a él que a su hermano, que, bondadoso, se dejaba ganar. De este primer empleo nos queda las memorias de adolescente, -13 años de edad al principio de la guerra- que relataría en su libro "La paz nos esperaba", publicado en 1966. Es él mismo, el niño vestido de marinero cuya infancia se perdió frente al mar, el que recuerda su primer muerto con las pupilas dilatadas mirando al infinito, o el bombardeo del 25 de mayo sobre el mercado central de Alicante, de los que fue testigo mientras hacía visitas por todo Alicante a socios del Club que habían demandado servicios del mismo.

Es igualmente el joven que, siendo aún menor de edad, debe tomar una decisión vital. Entonces trabaja ya de mancebo en una farmacia y estudia a la vez, porque su familia no puede prescindir de su sueldo. En dicho momento le ofrecen prohijarlo y proporcionarle una carrera de Medicina o un grado en Literatura, con la única condición de la renuncia a sus padres y hermanos; su madre, apenada, deja en las manos del menor la decisión, porque no quiere renunciar a su hijo, pero sabe que ellos no pueden afrontar dichos costes. La alegría inicial del joven al recibir la propuesta se convierte en una dura decisión, optando por quedarse con su familia.

Acaba la carrera de practicante, -previa al actual grado de enfermería-, y prepara oposiciones para buscar un futuro, y en las primeras que consigue plaza es obligado a renunciar "por exceso de trabajo", cuando aún no tiene de qué vivir.

Estas pinceladas de los primeros años de la vida de Vicente Mojica podrían devolver el perfil de una persona triste y a vueltas con la vida; lejos de todo ello, forjaron una persona vital y con una inmensa humanidad.

Ha sido el profesional que iba a curar a personas en sus casas que no podían pagarle, -yendo cada tres horas en los casos de la penicilina-, visitando todo tipo de hogares, sin importarle su condición.

Ha sido el profesor que ha salvado su asignatura a algún alumno de enfermería para que no lo echaran de la escuela, porque sabía que el futuro de su familia dependía de él, o que conseguía turnos especiales para otro alumno que trabajaba a la vez que estudiaba, para que no se quedara sin pasar por algún servicio.

Ha sido el amigo, el vecino o incluso sólo el conocido, que hacía de mediador para que una persona necesitada tuviera un sitio en el hospital para una intervención quirúrgica, o incluso para que alguien que lo precisaba consiguiera un trabajo.

Ha sido en fin el poeta que iba a los colegios públicos de Alicante para que los niños conocieran un escritor vivo, y se ponía a su nivel, jugando con ellos y tratando de transmitirles enseñanzas a través de sus poemas. Puedo contar emocionada cómo, once años después de su muerte, pidiendo plaza escolar para mi hijo menor, me dijeron que siempre habría un lugar para un nieto de Vicente Mojica, porque era su poeta, el poeta del colegio.

Una persona profundamente religiosa, pero con una religión abierta, en la que amanecen días de una fe ciega y días en que Dios "no puede pedirle nada", con un sentido último de trascendencia, que refleja en sus poemas; una religión en la que toda criatura tiene cabida, y en la que toda persona tiene responsabilidades para con los demás, -con los que estamos unidos como los eslabones de una cadena- y este sentido lo hace un poeta profundamente social, que clama ante las injusticias, y quiere contar el dolor que siente, ante determinadas situaciones; así dice:

... "ni colecciono anémonas,
ni he apacentado lirios,
sino humildes palabras
de dolores antiguos.
El hombre es quien me duele,
quien siempre me ha dolido" ...

Y si eso ha sido Vicente Mojica para los que le conocieron: para su barrio, para sus allegados, para los que simplemente se tropezaron con él en la vida...cualquiera puede imaginar el inmenso privilegio que supone formar parte de su familia y ser parte de su vida. Él ha sido el árbol frondoso de nuestra sombra; un padre inconmensurable; una persona que reconoce sus raíces en la tierra y en la familia, a la que siente como su origen y su trascendencia; el hombre que se siente revivido en sus descendientes, que lo ponen al pie de la esperanza en sus días tristes.

Esto es lo que me gustaría aportar en su memoria: resaltar la enorme luz que desprendía, que alcanzaba a todos los que lo conocieron y permanece en todos los que lo descubren por sus textos. Queriéndolo tanto, termino, sin embargo, esta remembranza difiriendo profundamente de sus palabras expresadas en el poema Convicción, en el que afirma que tras haber regresado al barro de su origen…

"Luego, sin mí, proseguirá la vida
lo mismo que si yo no hubiera sido."

Es imposible, porque la vida ha sido y es diferente por él. Gracias.

María José Mojica Marhuenda

*Collage con varios momentos de la vida de **Vicente Mojica**, 1948, de novio con **Josefina Marhuenda**, 1972 con el pintor **Gastón Castelló**, 1971 con la poetisa **Matilde Camus**, 1976 aniversario en Santa Pola, 1988 en un homenaje al poeta y en ese mismo año en L'Esplai, su finca en Vistahermosa.*

VICENTE MOJICA BENITO. VERANO DEL 60. ALGUNOS RECUERDOS SOBRE MI PADRE

A principios de los 60 vivíamos en una planta baja con un patio enorme y una terraza a la que se accedía por unas escaleras de madera. La vivienda, que hacía esquina, tenía entrada propia en Tucumán 13, y al patio se llegaba por una enorme puerta de madera, que se abría por la calle Maestro Marques. Mi infancia es el recuerdo de un jazminero que perfumaba las noches de verano, y un jilguero cantarín, Alfredito, que nos solía despertar aquellas mañanas estivales tan heridas de luz, cuando no era el tecleo de la Olivetti de mi padre, que se dejaba oír desde las seis y media hasta las ocho de la mañana en que nos preparaba el desayuno y nos leía a mi madre y a mí algún poema que acababa de escribir. Solía irse temprano, y volvía a comer pasadas las tres de la tarde. El tintineo de sus llaves nos anunciaba su vuelta a casa, a veces entraba silbando una melodía de Antonio Machín, y yo -que no había cumplido los diez años- notaba el pinchazo de su bigote al besar mi mejilla, su aroma de quirófano de hospital al abrazarme, y era maravillosa la alegría y la paz que nos traía consigo. Todo el universo cabía en su sonrisa.

Teníamos un tocadiscos que le había regalado D. Carlos Van-der Hofstadt, cirujano y entrañable amigo, con quien trabajaba por las mañanas en el Hospital Provincial, y de cinco y media de la tarde hasta pasadas las diez de la noche, en el Perpetuo Socorro. Unos años antes había ayudado a primera hora de la tarde al Dr. Belmonte, prestigioso oftalmólogo, en sus intervenciones del Sanatorio. Y los fines de semana sonaban melodías -con el ruido de fondo áspero y accidentado de los viejos microsurcos -de tangos de Carlos Gardel, de piezas escogidas de ópera y de música clásica en discos pequeños de 16 revoluciones por minuto, donde cabían más de una docena de canciones por cada lado.

Algún domingo, una vez comida la paella de arroz con conejo, que mi madre pacientemente había cocinado toda la mañana, se había reservado un ojo del animal recién muerto, sacaba el material de disección y sobre una gasa estéril nos mostraba, a mi hermano José Luis, que tendría unos seis años, y a mí, que rondaba los diez, cómo se extraía el cristalino seccionando la zona límite entre la córnea y la esclerótica, y nos decía: "¿veis qué fácil? Así se opera una catarata," –y proseguía su disección completa-, tras haber cosido con un hilo finísimo de sutura la primera incisión "mirad, mirad el humor acuoso, el iris, el humor vítreo, y la retina..." Mi hermano José Luis y yo a veces huíamos corriendo, pero otras nos tapábamos los ojos mientras realizaba su disección, mirando a través de nuestros dedos medio enlazados, porque la curiosidad se mezclaba con la aprensión y el respeto que nos daba el acto quirúrgico, precisamente porque se trataba de un ojo del animal que nos habíamos zampado con el arroz hacía un rato.

Muchas noches para dormirnos, nos leía en voz alta durante unos minutos poemas de Federico García Lorca, o de Machado, o trozos de cuentos de Tagore, y una y mil veces Platero y yo, de Juan Ramón Jiménez, que nos sabíamos casi de memoria; después rezábamos con mi madre un padrenuestro, avemaría y gloria seguido de un "buenas noches mamá, hasta mañana si Dios quiere", como formando todo una unidad inseparable, y realmente no sabíamos exactamente dónde comenzaba la poesía y terminaba la oración, o al contrario. Era la hora del sueño y el ritual era el mismo.

A mi hermana María José, de dos años, la cogía en brazos, la acunaba en una mecedora forrada de cretona floreada, que con los sucesivos años fue cambiando de tapiz. La besaba en la frente y le cantaba, y ella quedaba dormida inmediatamente. Pero en algunas ocasiones no se dejaba vencer por el sueño, y entonces ocurría lo contrario, ella se abrazaba a su cabeza y le cubría la calva de besos. Pasados los años mi hermana nunca perdió esa maravillosa costumbre, la de acercarse a mi padre dormitando la siesta sobre la mecedora y decirle mientras besaba sus mejillas y su cabeza "¡ay mi pequeñín...!" Al ser la niña pequeña tenía esa confianza con él, que yo envidiaba secretamente.

Cuando íbamos al campo de Orito, a la finca "El Pino" de nuestro abuelo materno, hasta el año 62 en que los Reyes Magos nos trajeron un Dophin Renault de color rojo, el medio de desplazamiento fue primero una moto Guzzi y después una Vespa: La Vespa fue un invento donde se maximizaba el espacio y en la que viajamos como se iba en aquella época: el conductor sentado en el sillín delantero, mi madre a veces con mi hermanito en brazos en el asiento de detrás, y yo delante del conductor, de pie y cogido de los manillares, parapetado del viento por un enorme parabrisas de plástico.

Cuando alguno de nosotros se ponía enfermo, mi padre tenía remedio para todo: tenía un botiquín con alcohol y otros antisépticos, potingues, comprimidos, cremas, y ampollas inyectables, que constituía una verdadera farmacia casera, con una solución para cada problema. Lo mismo atendía la cirugía menor y daba unos puntos al familiar o al amigo que venía con una urgencia, que ponía alguna inyección a algún vecino si le pillaba en horario fuera de los quirófanos, o se preocupaba –y atendía- con un cariño enorme a todo el mundo. En el Hospital Provincial de Valencia, muchos años después, estando ya enfermo e ingresado él mismo, se levantaba de su cama para controlar los goteros de los pacientes que compartían la habitación con él. De esto fui testigo personal. No podía evitar ayudar a todo el que estuviera próximo y necesitado.

La hora de las comidas en casa, muchos días, era un fluir intermitente de llamadas telefónicas para pedir consejo, orientación, ayuda, de infinidad de gentes.

No se hizo poeta, nació poeta, y vivió una entrega generosa como profesional de la sanidad sin ponerse límites. No hubo discordancia entre lo que escribía y lo que era.

Se puede decir que su obra es un reflejo, ya perenne, de su ser más íntimo.

Vicente Mojica Marhuenda

Collage:
1962 en patio casa planta baja, 1956 en casa baja con su hijo Vicente,
*1976 en casa **Vicente Ramos** en Aitana, 1987 con escritores **Manuel Molina** y **Luis Pérez Beltrá**.*

ESPEJO DE UNA AMISTAD

En noviembre de 1987 –hace ahora 36 años–, concretamente la noche del 25 de noviembre, tras la presentación en el Ateneo de Alicante de su último libro, Espejo de la consumación, el poeta Vicente Mojica estampaba en la página 7 de uno de aquellos ejemplares una dedicatoria honda y emotiva para quien esto escribe: "A mi querido amigo José Luis Ferris, en mi afecto cordialísimo, mi admiración a su poesía y mi gratitud por el bello pórtico con el que ha prologado mi poemario".

Tenía el poeta 64 años y yo había cumplido los 27, sin embargo, en el tiempo que tuvimos para compartir vida y poesía, jamás percibí diferencias más allá de lo humano-esencial. El maestro me hablaba siempre con gratitud, con una extraña fascinación hacia mi persona, acaso porque mi vuelo, como él decía, había sido alto y prematuro en la lírica española de ese tiempo. Nos habíamos conocido 7 años atrás en la localidad cercana de Sant Joan d'Alacant. Fue precisamente él, Mojica, quien me descubrió aquel verano de 1980, junto a Manuel Molina y Joan Valls Jordá, cuando formaba parte de un jurado literario que tuvo a bien concederme, por unos poemas, el Premio Villa de San Juan. A partir de aquel momento, Vicente Mojica, Molina, Rafael Azuar y Vicente Ramos pasaron a ser mis ángeles custodios y, en cierta manera, mis mejores consejeros a la hora de hablar de poesía y de animarme, sin duda, a salir de provincias y probar suerte en Madrid.

Vicente fue, durante aquellos años, más que un poeta local y mucho más que un escritor alicantino de pluma esforzada y amable. Lo recuerdo siempre como un gigante de la bondad y un humilde sin doblez al que siempre acudía para pedir consejo y ánimo, especialmente en asuntos de la vida, o incluso su mediación en momentos nada fáciles para un joven recién casado y con una hija por llegar. Recuerdo que aquellos meses de 1988 fueron graves y amargos para mí. La publicación de uno de mis artículos literarios en las páginas dominicales del diario La Verdad encendió la cólera de un célebre gerifalte, nostálgico cabecilla de la ultraderecha local y vehemente partidario del terror ideológico. En unos días tenía sobre mí un cerco de amenazas, de anónimos colocados alevosamente en mi buzón, de llamadas a media noche recordándome que mi vida y la de los míos estaba en el punto de mira de sus perros de presa: "Nos vamos a comer tus hígados –decía uno de aquellos escritos–. Ve con cuidado. Gran Falange Española y Guerrilleros de Cristo Rey tomamos buena nota... Vamos detrás de ti, y donde te escondas te sacaremos a hostias…"

Eran las formas de entonces, pero su efecto se vio agravado por mi particular situación de aquellos días y la extensión de aquella sarta de advertencias y amenazas a mi mujer y a la niña que llevaba en sus entrañas y que nació en septiembre de aquel año.

Tuve que poner el caso en manos de abogados por si algo me sucedía. Mientras tanto, por mi cuenta, sabiendo que aquel personaje siniestro frecuentaba la redacción de un periódico regional con sede en Alicante, y que allí tenía su mesa, su rincón y su máquina de escribir, hice una investigación tipográfica hasta descubrir que las "enes" de los escritos que salían de aquel artilugio mecánico, como en todos los anónimos que venía recibiendo, tenían un defecto evidente: estaban partidas por uno de sus lados. Así pude saber quién era el autor de aquel acoso. Bastó con poner en conocimiento de Vicente Mojica la razón de mis desvelos para que éste, sin dudar un segundo, se plantara en casa del infausto personaje (muy conocido suyo) y le obligara a cortar las amenazas y a entrar (cosa difícil e insólita) en razón.

Cuando nació mi hija, el caso estaba prácticamente cerrado y Vicente se había convertido, por méritos absolutos, en el padrino virtual de un bebé que nunca le olvidó. Y tanto fue así que un soleado domingo de octubre, paseando a la pequeña, me crucé con el susodicho fascista de pro y su mujer, y hasta pude oír de su boca una lluvia de parabienes por mis éxitos literarios y por el querubín de niña que llevaba en el carrito de paseo.

Al lado de Vicente todo era más fácil, más sencillo y cercano; hasta el modo en que hablaba con cierta recurrencia y cuidado de la muerte. El poeta arrastraba una deficiencia inmunológica que en cualquier momento, ante una herida o una pérdida de sangre, podría derivar en fatalidad. Quizá ese estado de permanente convivencia con el peligro y la enfermedad fue lo que alimentó la producción lírica de Mojica, una obra que arranca en 1958 con su libro Llamada al corazón y que continuaría su marcada línea honda, moral y humana con Geografía del llanto (1963), La paz nos esperaba (1966), Cancionero desde la tierra a Dios (1969), Palabras de mi amor y mi destino (1971), Detrás de las palabras (1973), Árbol de mi sombra (1973), Al pie de la esperanza (1979), Libro de las tribulaciones (1981) y Espejo de la consumación (1987).

Durante uno de nuestros paseos por la plaza de Benalúa o por la calle Navas donde se hallaba la delegación del diario La Verdad y el Ateneo, Vicente me habló con más gravedad que nunca de la muerte, de lo próxima que la sentía ya. "Es como tener su aliento en la nuca", me decía, "por eso he escrito estos poemas que pienso titular Espejo de la consumación. Me encantaría que tú lo prologases, pero tampoco quiero obligarte a ello"

El primer poema de aquel espléndido florilegio de composiciones decía: “A orillas de mi noche / me arrojará la vida, / me vestirá de nieblas / y de fechas amarillas, / El tiempo, como un agua / tenaz y olvidadiza, / me desleirá la sombra / en sombras infinitas…”

Me sentí inmensamente orgulloso de aquella petición del poeta grande y bueno, de su generosidad y de su llaneza, y volqué en aquel prólogo no sólo mi amor a su amistad y a su poesía sino toda la gratitud que había sembrado en mí y todo mi deseo de que poetas y hombres como él jamás se fueran de mi lado.

Aunque mi reto consistía en prologar aquel libro de presumible despedida, tenía claro que debía hacerlo en términos positivos, quitando lastre el duelo cercano, a una inminente despedida de la que el poeta era más que consciente. Debía desdramatizar un libro y un hecho que se prometían irremediables. Con esa idea, mis esfuerzos se centraron en dar un giro a la muerte, y más que huir de su inminencia, me propuse sacarla a bailar y buscar su lado bueno. De ese modo escribí lo siguiente:

«Este libro, este Espejo de la consumación, viene a ser contrapunto de la obra anterior, como si el autor, obligado por la necesidad, hubiera querido reunir en un breve espacio de tiempo las dos edades opuestas de la vida, el alfa y el omega, los jardines de la infancia y el rincón húmedo y frío de la vejez.

Parece indudable que un nuevo elemento ha irrumpido, como tema capital, en la poesía de Mojica: la ancianidad. Y ello le lleva a enfatizar insistentemente en lo sombrío, a hurgar en esa honda preocupación de “pena oscura” que no es otra que la de su propia consumación: “Está anunciando el tiempo, jactancioso y ufano, / el segundo inminente de mi consumación: su triunfo”. ¿Qué está ocurriendo, pues, en la vida del poeta? ¿Le desborda la realidad íntima hasta el extremo de requerir urgentemente una salida o estamos ante un tema heredado de la tradición, ante un lugar común en el que el autor ha sabido conectar del modo más digno acuciado por coincidencias personales?

Ciertamente se percibe en esta atmósfera aleixandriana de sombras y de otoños una identificación con otros personajes de nuestra más alta literatura. Así, la huella de Machado se hace notar en versos como “No hay y no es posible / más orden que el previsto: / saltar sin equipaje…”, o en estos otros: “…para perderse por caminos de humo / y de distancia un feliz viajero”, “Ya estás lleno de mar, hermano mío”. Sin olvidar los frecuentes guiños de un Quevedo presente en diversos poemas: “Se consume la vida / los besos, las palabras, / Fuego ayer. Hoy cenizas”.

Al parecer, todo nos lleva a presentir la proximidad de un tema o de una realidad no mencionada hasta ahora: la imagen de la muerte (un mero punto y seguido, según nuestro poeta, nunca un aparte). ¿Pero es cierta esta presencia? ¿No estaremos precipitando la lectura y cayendo en la trampa de la simple apariencia, una involuntaria apariencia en la que hasta el propio autor ha querido quedarse? Seamos claros, hay mucho canto a la vida en este libro, el suficiente como para disipar los tintes sombríos y las “cruces entrañables” que lo invaden. La muerte queda reducida a una leve intuición, a un punto de referencia bastante más lejano de lo que parece, a una monomanía del autor que, sin darse cuenta, ha ido dejando candelas encendidas tras su sombra. En una palabra: la vida que respira este Espejo de la consumación acaba siendo demasiado evidente.

Además, hay otro detalle a considerar: Vicente Mojica es un poeta, pero –entendamos esto–, no un poeta sabio. La sabiduría es un estado que se alcanza cuando se ha dado fin al proceso de aprendizaje, cuando el largo camino del conocimiento ha sido recorrido, cuando no cabe la duda porque todos los significados, absolutamente todos, han sido aprehendidos. Ser sabio es negar la juventud y hasta la propia vitalidad, supone una actitud pasiva, la propia inmovilidad de quien, sencillamente, contempla y supervisa el orden de las cosas. En ellos, los sabios, no hay indecisión si sorpresa posible. La muerte, ya muy próxima, les atrae porque es el único enigma que les queda por resolver. Y, claro está, no es éste el caso de nuestro poeta. Mojica está constantemente aprendiendo, aspira siempre a conocer, aún no ha recorrido su camino, la vida le sorprende a cada momento y siente la urgencia de cantarlo –libre el verso y verso libre– con abierta o solapada energía.

“Quien duda existe. Sólo morir es ciencia”, nos decía Aleixandre. Que Vicente Mojica es un escritor que ama la vida, que duda y se sorprende, creo que ha sido demostrado. Cómo escribir, de no ser así, del mar, del beso y la ternura toda. No nos engañe, pues, el tono de su voz escrita cuando le veamos hacer inventario de su propia existencia (Hubo un tiempo de pájaros y rosas…”), o cuando escape a la infancia –¿huyendo acaso?– junto a esos niños que trepan felices por el tapial de sus poemas (“cual bandada de niños en plena libertad, ya sin escuela”, “humildes como niños”, “como aquel niño / puesto bajo custodia en un viaje”, “con la humildad de un niño / que elude aristas delicadamente”).

Sin duda, este Espejo de la consumación no es una despedida ni una mirada retrospectiva y amarga hacia lo intensamente vivido. La experiencia del poeta aún está ensanchándose –no es el sabio inmóvil y paciente quien nos mira– y su amor por las cosas engendra en sí todo un derroche de futuro. Y si negamos la muerte en estos versos, si negamos la desidia de los sabios, ¿qué es vivir sino amar y ser amado a un tiempo? ¿Y no será que el poeta, en este libro, expresa todo el amor porque es ahora cuando más lo necesita?».

Estas son las palabras que le dediqué en aquel libro que nunca quise que fuera una verdadera despedida. En el último poema, Vicente dejaba una imagen de sí mismo que, más allá de la ternura que contagia, ha atravesado el tiempo cosido a mi memoria. En ella permanece sereno, sentado en un sillón, atento a Fina, la mujer que cuidó de su vida y de su aliento hasta el último segundo de su vida:

No te duelas, amor, no estés dolida
de un instante fugaz de desaliento;
ya sé que agrando más tu sufrimiento
aunque de vez en cuando se me olvida.

Porque vives alerta, apercibida,
discretamente oculta te presiento
detrás de cada leve movimiento
del vuelo amenazado de mi vida.

La paloma del celo en tu semblante,
eres como una madre que no ceja
de vigilar atenta a su criatura.

Perdóname, si estando tú delante
se me escapa en voz baja alguna queja
para buscar mi alivio en tu ternura.

José Luis Ferris
Escritor, profesor de la Universidad Miguel Hernández

José Luis Ferris, José Ferrándiz Lozano** y **Vicente Mojica

Hoy,
25 de Mayo,
justamente a las 11,
cuando estaba la vida
estallante de sol,
de luces y de niños como pájaros
correteando libres por las calles;
justamente a las 11,
hoy,
25 de Mayo,
un día amanecido
como los demás días
de esta primavera,
inesperadamente, la ciudad,
se ha abierto como un fruto de muerte,
ha estallado
en llantos y alaridos,
y en el azul volando de su cielo,
ha prendido,
colgando hasta las ruinas,
negros crespones de humo.

Desventurada ciudad mía,
hoy,
25 de Mayo,
ha venido la muerte de puntillas,
te ha sorprendido
y ha hundido sus zarpazos en tu carne.
Exasperados ayes,
gritos confusos, cláxones rabiosos,
ambulancias y gentes despavoridas cruzan
en todas direcciones, locamente.

Hoy,
25 de Mayo,
te he visto llegar, padre,
con la frente vendada,
con la cabeza herida,
y, ahogándome en dolor y en alegría,
he corrido a abrazarte
sintiéndome ya hombre.

Vicente Mojica Benito

*Portada de **La paz nos esperaba**, 1966, 1981 y 2003*

FIN DE CUADERNILLO DEL CENTENARIO

Don Miguel de Unamuno

Soñando a Dios, en la Castilla altiva,
soñó una fe, que en la razón estrecha
sólo encontró motivo de sospecha
de la muerte total y decisiva.

Y fue Unamuno un alma en carne viva,
de mortal carne recubierta y hecha;
y fue su anhelo estremecida flecha,
prisionera de Dios y en Él cautiva.

Tanto se contradijo y tanto dijo
que su verbo se pierde como un río
en el mar de la duda y, sin cobijo

que pudiese albergar su escalofrío,
buscaba a Dios con ansia, como un hijo
que la ausencia llenó de desvarío.

Manuel Parra Pozuelo
*de su libro **Mi voz en otros cantos** (1996)*

Disolución

Es todo aquello que haces lo que me conmueve,
todo en ti me significa y atrae.
Es en mi más íntima inteligencia donde se manifiesta esta comprensión
esta identificación con tu ser.

Nada me extraña ni sobresale, nada falta, todo es justo,
llano, gustoso... ascendente,
cada suspiro da paso al siguiente.

Te conozco desde siempre y desde siempre me has buscado.
Desde siempre he hallado entre mis lagrimas tu tristeza.
entre mis silencios tus versos,
entre mi lengua tu boca, su vaho.
Y es mi piel la que trémula al pulso inequívoco de la tuya
y eso, es así, en cada célula de mi ser, reproducida en tu ser.

No, no pidan explicarlo, porque no quiero explicarlo,
es mi certeza la que habla.
Es este torrente de fuego y luz que resplandece
al rozarse tu rostro y el mío.
Tú lo sabes, al igual que yo,
no hay duda posible.

Nos hallamos tras las máscaras, tras el tiempo,
nos hallamos en las cuerdas paralelas
de un infinito deseo
y al fundirnos es tan elevada la emoción
que ya no podemos soportar la vida de fuera,
su ruido humano,
el tiritar de las aceras.
Nosotros solo servimos a nuestra vida dentro el uno del otro,
como un entramado de venas, sangre y piel,
creamos el instante suficiente
para ser suficiente.

Tú y yo somos el mismo ser.
Huérfanos en una vida que no nos corresponde, famélicos en un asfalto que nos devora,
agonizantes de un futuro quemado desde ayer.
Aterrados en el laberinto de las voces desatentas, indignas…
nos abrazamos para encontrar la salida, fundidos el uno en otro,
sin mirar a ningún lado, ciegos y mudos
enajenados en este infatigable deseo de encuentro.

Nos olemos desde lejos para ser aquí, para aullar juntos en el bosque húmedo y oscuro,
para abrazamos en la cueva
y regresar a la hoguera perdida en los tiempos.

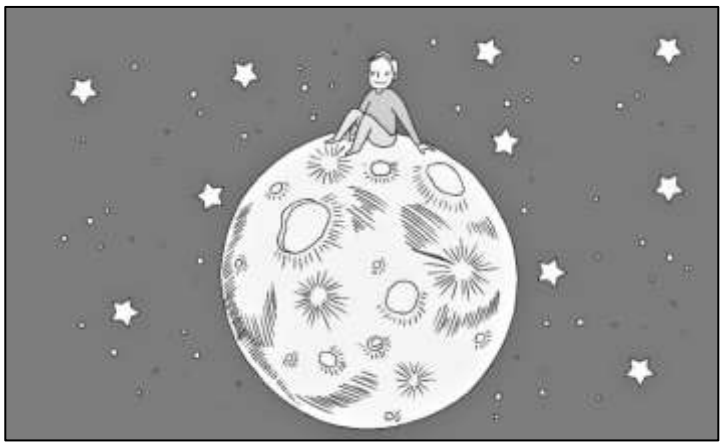
Amor, no es qué te necesite a mi lado,
Amor, no es que tú me precises al tuyo,
es que somos el uno en otro
disueltos al fin.

Eugenia Sánchez Rodríguez

Mensaje a una princesa

Princesa, déjame decirte
que yo no escribo por dinero.
Durante un segundo, sólo un segundo,
tu comentario dañó mi intelecto.
Después, sentí un arañazo de pena
y conseguí repeler tu veneno.
Ya, ya sé que eres mujer de negocios.
Sé, que todo en tu vida tiene un precio.
Pero mis palabras nacen hermosas,
siempre libres, sinceras por defecto
y ya cuentan con su propio mercado
donde tienen su valor y su peso.
Sí, sé que te enseñaron a no tocarte el alma
y a tapar impurezas con fíeles argumentos.
Pero yo soy una persona humilde,
un simple hombre de pueblo
a quien no le importa mostrar la suya
y sin cobrar por ello.
En el vivero que te cultivaron
te alimentaban con dinero,
en cambio, allá en mi humilde huerta,
nos alimentábamos de amor y de momentos
y conseguimos hacernos humanos
con la única ambición de seguir siéndolo.
Si supieras cuánto placer hay en regalar un verso…
¡Sí, soy consciente de que nunca podremos entendernos!
A mí, no me molestan estas canas,
tú, en cambio, luces pómulos nuevos.
Y siendo del mismo planeta
pertenecemos a mundos opuestos.
Tú naciste en una jaula de hienas
que despoja a la suerte de su trébol.
Y yo nací entre gente
y tan sólo gente me considero.
Puede que mi mundo parezca infértil,
inverosímil, o pequeño,
pero yo te aseguro, es mucho más magnánimo
que tu minúsculo universo.

Joaquín Martín Quirosa



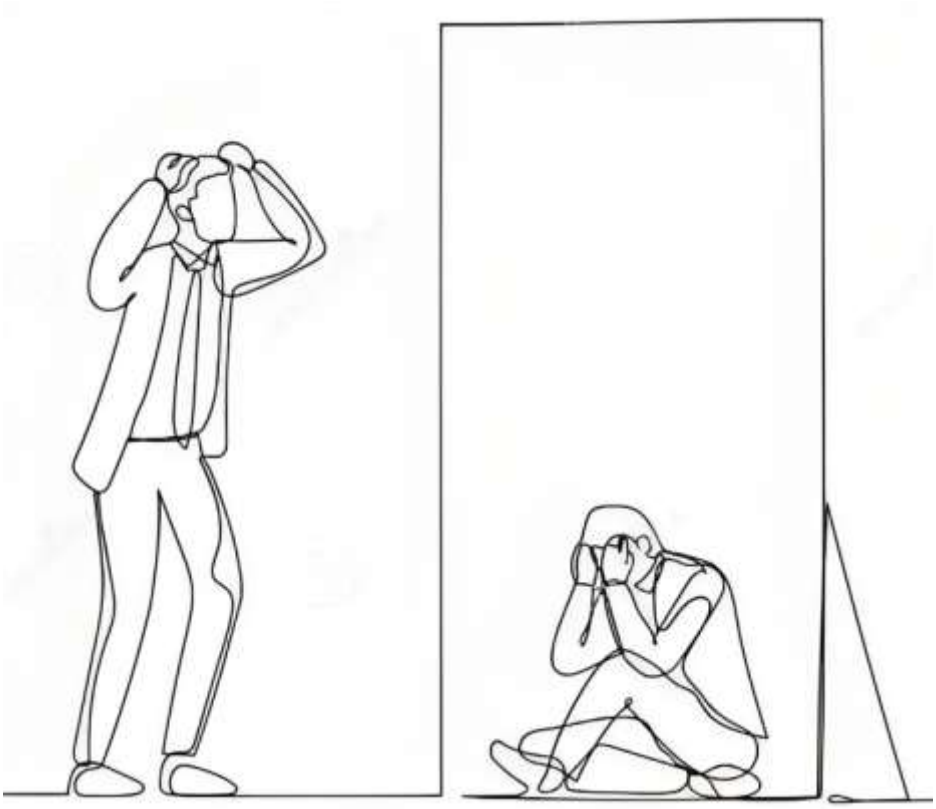
Breve reflexión

Cansada tengo ya mi espalda de cuchilladas,
harta tengo ya la sangre,
por aquellos que en el pasado ayudé,
sin pedirles nada a cambio, y se van ahora riendo,
y se van ahora alegrando, y se van ahora alejando.

¿Y yo?
Yo, no me arrepiento de nada,
yo vine con limpia y sincera mirada
y nunca quise reconocimientos, ni méritos,
ni tan siquiera de esos supuestos "amigos",
que son como cuervos negros;
anhelando que muera el muerto.

¿Y yo? …
Pues yo les deseo lo mejor,
pero alguien debería decirles:
que se puede ser muy astuto,
pero no listo, ni tampoco buena persona,
y que las "caretas" se hacen viejas,
y terminan en el frio suelo.

Luis S. Taza Hernández



Es mi ilusión

Es mi ilusión tan callada,
cuando te miro a los ojos.

Son tus ojos verdes, como el mar, mi alegría y mi encuentro.

¡Qué tiene tu mirada, que cuando te miró, Renazco!

Son tus lágrimas caidas, que surgen cuando te abrazo.

Qué alegría cuando te tengo, y cuánta tristeza si no te tengo.

Que siendo mía, no te siento, y el dolor se va alejando,
como la flor, caída en el regazo.

Carmen Amérigo

Cuando mis manos
no encuentren las tuyas,
yo me iré silenciosa,
sin reproches en mi huida.

Tus manos siempre son,
las que dan calidez a mi cara,
dicen, que en mi piel hay vida,
y que hay amor en mi alma.

Seguir siendo silenciosa,
sin que nadie pueda alterarme,
solo tus manos acariciarán
todo mi cuerpo para amarte.

Tus manos temblorosas,
por los sentimientos surgidos,
me darán alegrías y penas
por lo mucho que he sufrido.

Mis manos, te cogerán,
en un apretado abrazo eterno,
y dormiré gozosa
de sentirte vivo en mi lecho.

Carmen Amérigo

Huellas de vida

Envejecer y morir son la base de la vida en nuestro teatro de verdad,
los actores envejecemos y todos fallecemos.
Algunos no saben que actúan, pero sí saben que pierden vida,
morir no quisieran, y tienen el recuerdo de los que dejaron de ser actores
en nuestra efímera vida.
En este gran teatro no hay libreto escrito, tampoco tiene argumento.
Cada actor representa su historia y su público elegido,
todas tienen similitud con la de todos,
y es gemela una sola escena es envejecer y morir.
Todos dejamos huellas para los que han de vivir.
En nuestro teatro no hay aplausos sonoros
nunca los tuvimos, y no los tendremos en este gran teatro de la vida.
Lo único seguro que tendremos sin verlo ninguno,
serán lágrimas en los que se quedarán continuando su teatro de vida.

Jerónimo González Prieto

¿Me amas?

Ayer te vi mientras hablabas con tus amigos y esperé todo el día deseosa de que también lo hicieras conmigo.
Al llegar la noche te esperé para darte un abrazo, dedicarte una sonrisa, poder dormir contigo, pero no llegaste. Al final me adormecí y al despertar te vi dormido y deseé abrazarte. Te miré y esperé, deseando que soñaras conmigo.
Tu despertar fue rápido porque llegabas tarde al trabajo, se te olvidó darme los buenos días.
Mis lágrimas se mezclaban con la lluvia que caía…
Hoy has debido tener un mal día, te veo muy triste…
Si tan solo escucharas cuánto te amo.
El cielo azul me expresa la alegría de tenerte, quisiera compartir tus malos y buenos momentos, se lo digo a Dios, pues sé que me oye.
¡Cuánto te anhelo!
Mi amor es más profundo que el universo.
Si supieras cuánto deseo hablar y estar contigo.
Ya sé que piensas que la vida es difícil, porque todavía no la has compartido conmigo.
Yo, nunca te abandonaré.
Cuenta siempre conmigo, aunque no me digas que me amas.

Ramoncita Ruiz Moreno

Albores de sueño

Te percibo ausente, sobre albores de sueño,
entre músicas que laten, marcan mi destino,
y bailo al compás de tus aguas bravas,
sobre olas que rompen melodías.

Tus vaivenes enmarañan mi nostalgia,
te veo sobre sombras que acechan,
arrastrando humo de hoguera sin leños,
donde se apaga la llama, siento la nada.

Me recorren fríos de montaña, foscos,
se agolpan en mi frente, y mis entrañas,
detrás de vestidos grises, sombreados,
cual tinieblas arrebatan mis sentidos.

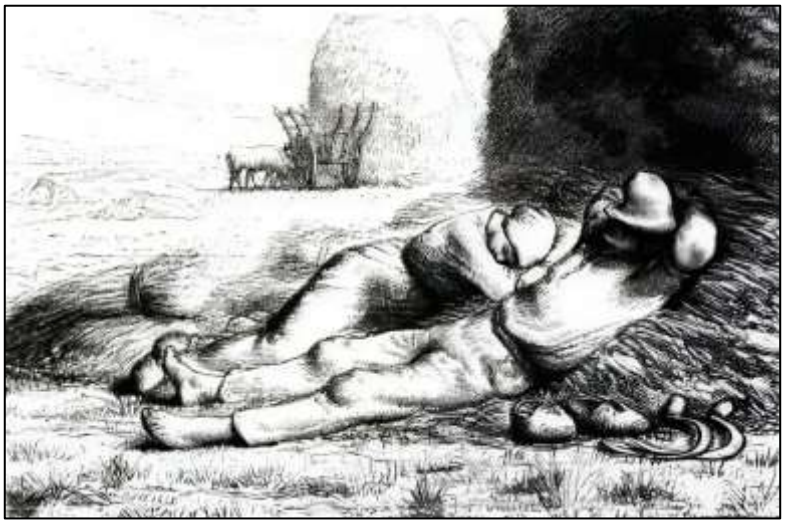
Me arropo a las estelas del cielo, a oscuras,
ebrio de caricias que serenan nostalgias,
mientras espero la sonrisa de la noche,
tibia, cual lucero acaricia melancolías.

De allá me viene desnudez moribunda,
me llega en carroza de corazón que siente,
lo coloco a tu lado, sensible, inquieto,
cual dulzura de mariposa en vuelo.

Te miro y nos abrazamos al lucero de plata,
escuchamos melodías de brisas cambiantes,
como músicos sobre paraísos de nostalgia,
bajo mirada de luciérnagas que patrullan,
como testigos incansables de la noche.

Allá nos arropamos a la sombra del lucero,
festejamos nuestra unión sobre espigas de trigo,
y musitamos cual enamorados ocultan palabras,
como rastrojos espigas sobre pajas de trigo.

Agustín Conchilla



Apura el beso
que desaparece cual música
la conversación bajo la luz
que se cuela por la ventanilla del tren

apura tu marcha pero no te demores:
hay besos espabilados
y cosas que no sucedieron
también para que las saborees

Alfonso Rodríguez Sapiña

Soy un pringao a una caricia cosido
buscando y no buscando
perpetuar la adolescencia
para amarte ya
a modo de oscura alucinación.

A una caricia atado
un perdedor
echando pestes de Hollywood
y de los caminos más poblados

entre quienes pudieron hacer
con su vida
algo más que una certeza fácil

soy un pringao a una caricia
atado, a ti, a una caricia

Alfonso Rodríguez Sapiña

EN LA EDAD DE LA PIEDRA ANTIGUA

No sé cómo decirte que te quiero más allá de la muerte. Ni cómo pedirte que, más allá de la muerte, me quieras tú. No tengo aún las palabras necesarias para expresarlo, sólo las miradas, el tacto delicado de las yemas de los dedos sobre la cara, algún gruñido de placer o de urgencia que escapa de nuestras gargantas. Entiéndeme.

Hemos visto cómo nuestros mayores ataviaban a los muertos con su ajuar, con los adornos que los acompañaron mientras estuvieron vivos: dientes de animales, huesos, conchas, puntas de flecha y hachas, algún enser doméstico, alguna figurita tallada en piedra, brazaletes y collares. Sus cosas, amparando a sus propios huesos, a su ceniza, para que siguieran rodeados de sus cosas en la tierra leve y en el otro mundo.

Hemos visto enterrados juntos a una madre y a su hijo, dentro de un saco de cuero, como si fueran un solo cuerpo guardado en una misma placenta. O dentro de una vasija de barro, como el grano que guardamos para el invierno. Vimos la tumba de una joven madre junto al cuerpo de un recién nacido que reposaba sobre el ala extendida de un cisne. Y el de una mujer con un hombre que la abrazaba con uno de sus brazos yertos. Era amor más allá de la muerte, pero no sabíamos cómo pronunciarlo.

Morir, nacer y ojalá nacer de nuevo, aunque sea para morir y volver a nacer así, indefinidamente, remorir y renacer en la gran rueda, en el ciclo de la Gran Diosa. La Diosa Madre, que todo lo fecunda, nos trajo aquí y ahora nos lleva allá, sin cesar en su magna obra.

Entonces, cuando eso ocurra, cuando eso te ocurra a ti, dibujaré con ocre rojo, en las paredes del túmulo que te acoja, la grácil silueta de una gacela joven y alegre, tal como eras cuando te conocí, y tú harás lo mismo conmigo, trazando la figura de un ciervo herido. Con el resto del polvo rojizo cubriremos nuestros cuerpos para agarrarnos a la vida para siempre, igual que para siempre morimos.

Siglos y siglos más tarde alguien escribirá apresuradamente, con grandes letras y pintura roja en las tapias blancas de un cementerio: “TE QUIERO”, y serán como nosotros, como tú y yo. Pero nosotros no sabemos aún leer ni escribir porque todavía no se han inventado las palabras o porque el Verbo aún no se ha encarnado. Somos polvo de ocre rojo.

Vendrán después los dioses y las diosas a disputarse el trono del Reino de Mitología y, mientras luchan, seguiremos naciendo y muriendo, quizás para que jueguen con los mortales que moldean con el barro de nuestras cenizas mezcladas con agua y aire.

O quizás, sólo para que nuestras manos dejen testimonio escrito de los nombres que amamos en una placa de mármol o de granito, en una piedra caliza labrada, o para dibujar torpemente con polvo de ocre rojo la silueta de un ciervo o de una gacela herida en las paredes de una cueva o para escribir en grandes, apresuradas y desgarradas letras rojas “SIEMPRE TE QUERRÉ” en las blancas tapias de un camposanto.

Luís Muñiz

MEDITERRÁNEO

Pepito amaba el mar. Había nacido a orillas del Mediterráneo, en el Arrabal Roig de Alicante, barrio marinero y pescador sobre un acantilado fortificado que se yergue entre el antiguo espolón del Portal Nou y la Ermita de la Virgen del "Socós". Le fascinaban las historias de piratas que le contaba su abuelo; no de piratas del Caribe, como los de las películas americanas, sino de piratas berberiscos y de un pueblo industrioso y valiente que se defendía de sus ataques en las viejas torres de la huerta. El Mediterráneo es un mar habitualmente sereno y transparente cuyas ondas suelen morir con languidez en las orillas arenosas de la Playa del Postiguet; aunque a veces se enfadaba y golpeaba con furia los contrafuertes del vecino puerto, y sus olas, crecidas y salvajes, saltaban por encima de los muros, encogiendo el ánimo. Desde la casa de su abuelo, junto a la vieja ermita templaria, Pepito había podido sobrecogerse contemplando espantosas tormentas de rayos y truenos que flagelaban al mar embravecido; y hasta una vez observó, paralizado, cómo una gigantesca trompa gris, que sorbía el agua espumosa, perseguía a un pobre balandro que, con las velas desgarradas, trataba de ponerse a buen recaudo más acá de la bocana. Afortunadamente, las más de las veces, el mar se mostraba tranquilo y hasta sumiso, y entonces Pepito bajaba a la playa y se entretenía recogiendo conchas y pequeños cangrejos, o mirando a las viejas de luto, viudas de pescadores, que reparaban las redes y cotilleaban en valenciano.

Pero la guerra lo cambió todo, y Alicante, pese a estar en la retaguardia, fue castigada por las bombas de los aviones fascistas. Pepito no entendía bien por qué pasaban esas cosas, y se figuraba que en los corazones de los hombres adultos también estallan tormentas, como las que azotan las costas cuando el mar se enfada.

Aquella noche, padre entró demudado en su cuarto.

-Pepito, vístete deprisa que te vienes de viaje con madre y conmigo.

-¿Vamos a ir por el mar? – preguntó el niño, ilusionado, mientras el padre suspiraba y, después, apremiaba a la madre para que terminara de preparar un sucinto equipaje. El abuelo rumiaba maldiciones en un rincón, decidido a quedarse y salvar la pobre hacienda familiar de la rapiña de los moros franquistas, los nuevos piratas berberiscos.

Poco después, todavía de noche cerrada, la corta familia cruzaba el Paseo de Gómiz, camino del puerto. Otros grupos de gente aterrada también se afanaban en su huída.

En el muelle, un viejo y solitario barco británico, de nombre Stanbrook, había tendido la pasarela. Subieron a bordo, y Pepito nunca se olvidaría de aquel capitán de ojos claros que estrechaba la mano a todos sus asustados pasajeros, y que le acarició el pelo revuelto que ocultaba su frente. Los marinos le llamaban con respeto "Master Dickson". Al poco tiempo, cubierta y bodegas estaban llenas de gente que gemía y murmuraba, mientras otros muchos se habían quedado en tierra, sin conseguir plaza en un barco que ya iba atestado e incluso escoraba peligrosamente por exceso de carga.

Los tripulantes soltaron amarras y el buque se fue alejando del muelle con las luces apagadas. Cuando ya salían por la bocana, un estremecimiento general agitó a la multitud. "Aviones, aviones", susurraban todos sin atreverse a alzar la voz. Y de pronto, justo a popa, estallaron varias bombas que no los alcanzaron de milagro. Ni siquiera ante tal estruendo se atrevió nadie a gritar. Parecía que todos temieran llamar la atención de los pilotos asesinos. Pepito lloraba en silencio, muy asustado; aunque después, el rítmico sonido de las máquinas y el olor a mar calmarían su ánimo.

Y tras un tiempo de incertidumbre y tensa esperanza, empezó a salir el sol.

-¿A dónde vamos, madre? – preguntó, ya tranquilizado y hasta contento de viajar por primera vez en un barco, como había soñado tantas veces.

-Vamos a la libertad – contestó la mujer, mientras una lágrima bajaba por su mejilla.

Y el Stanbrook, ya lejos de la guerra, se adentró en el Mediterráneo.

Miguel Ángel Pérez Oca

HUÍDA SINIESTRA

Gertrudis tira de la mano del niño que protesta, ante los espasmos de agonía de la enferma que, tendida en la cama, es atendida por un médico crispado por su imprevisto empeoramiento.

Salen sin despedirse en una noche invernal y se dirigen precipitadamente hacia la estación del tren. Tras de sí oyen, en su presuroso caminar, un ruido de pasos, pero la niebla les impide distinguir a nadie. Al fin llegan justo a tiempo de tomar el tren, y ocupan dos asientos en un vagón vacío, al que, de inmediato llega un tipo desgarbado, que se acomoda frente a ellos y los saluda mostrando su desdentada boca al pequeño, que se retrae asustado. Pronto el niño se queda dormido, y mientras el desconocido lee un ajado periódico, ella cierra los ojos para relajarse de su agotamiento.

En su somnolencia recuerda que ignora dónde se estaciona el autobús lanzadera que los conducirá a la ciudad, y se atreve a consultárselo al hombre.

- Salgan de la estación, sigan por el camino de tierra entre los cipreses, junto a una acequia, hasta llegar a un descampado en el que espera el vehículo; pero caminen deprisa, muy deprisa, porque el conductor no espera.

Así lo hacen al salir, y corren a través de la oscuridad, siguiendo el curso del agua turbia y mal oliente que discurre por la acequia. De pronto, el niño grita al ver sobre el agua, el cuerpo degollado de un hombre con las cuencas de sus ojos vacías. Viste un uniforme con un escudo de policía local.

Rápidamente salen huyendo; ella, por precaución, empuña la navaja que lleva en uno de sus bolsillos como medida protectora. Apenas se divisan en la oscuridad las siluetas de algunos árboles aislados. En su ansiedad no cesa de gritar al niño para que acelere en la huida y continúen la búsqueda que se les está haciendo interminable.

Al fin divisan un negro autocar y entran desesperados en su interior. Sobrecogida, toca al conductor en el hombro, y le grita para que se aleje rápidamente. Éste, ante el contacto, gira lentamente la cabeza, y los saluda con una mortífera sonrisa. Con angustia ve que se trata del mismo hombre que han visto ahogado en la acequia, y sus rasgos coinciden con los del acompañante del vagón. Ante su aterradora sorpresa, observa que su rostro se transforma hasta convertirse en una terrorífica calavera. Es la muerte, que, con una gélida sonrisa, le anuncia que se va a apoderar del niño.

Presa de pánico súplica por la vida del pequeño … y aún no ha terminado de gemir, cuando tras un brusco frenazo, la puerta del autobús se abre, provocando que el niño se precipite sobre el asfalto desmembrándose su cabeza. La Parca le increpa con desdén: ¡Calla, no te entrometas, el niño me pertenece! … Otro día vendré a por ti, ¡ocúpate de los funerales! Ella le grita desesperada. ¡Nooo, el niño es mío, su madre ha muerto y debo ocuparme de él!

En ese instante a sus oídos llega la voz angustiada del pequeño, ¿Gertrudis, por qué lloras, por qué no regresamos al hospital con mamá?... Espantada abre los ojos y estrecha al pequeño…

En el asiento de enfrente, el viajero muestra en su brazo un reguero de sangre en torno a la navaja que ella le ha clavado. Mientras intenta taponar la hemorragia, le muestra su placa de policía y le acusa del rapto del niño.

- Sospeché lo peor al verla salir desesperada del hospital, viendo cómo trataba al pequeño y cómo éste no la llamaba mamá, y se oponía a seguirla. Até cabos y mi temor de que lo estaba raptando me ha sido confirmado a través del Smartphone, mientras usted dormía presa de pesadillas. ¡Queda usted detenida!

Francisco Poveda

La cara del moro

La imagen en la montaña
vigila el cristal del mar;
sin hablar perfuma el aire
con un beso sin cerrar.

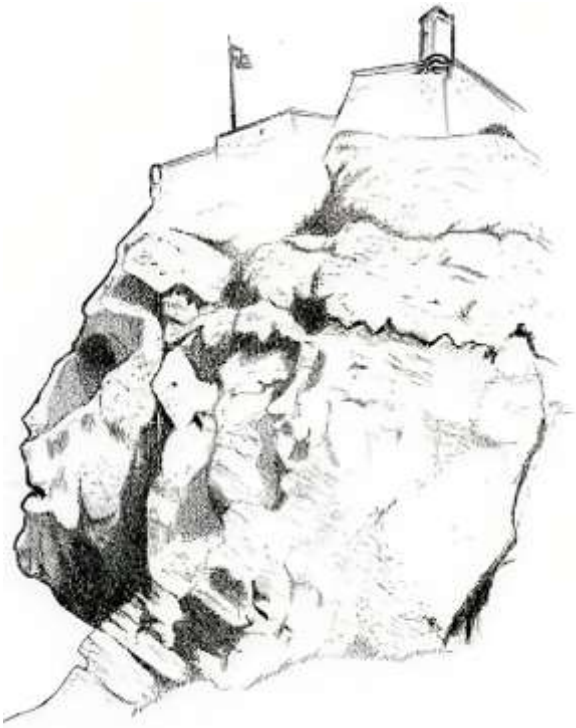
Corona al Benacantil
la efigie de aquel califa
que perdió a su bella hija,
Cántara, al morir Alí.

De entre los dos pretendientes
prefirió el padre a Almanzor,
y el enamorado Alí,
en su desesperación,
se precipitó al vacío,
y Cántara le siguió.

Así nació la leyenda
que diera nombre al lugar:
“Alicántara”, Alicante;
fuerte vínculo de amor,
entre dos enamorados
que un padre injusto mató.

La leyenda lo condena,
en aras de redención,
a permanecer llorando
lo cruel de su decisión.

Juan Ramón Prieto Jambrina



Platero y Yo

Leer Platero y Yo, me ha sorprendido.
Pues no era Juan Ramón Jiménez suave
Al escribir cuál libro ya se sabe
Que no iba para niños dirigido.

¡Cuánta tristeza a mí me ha transmitido
De ver que el asno tiene un final grave
Y aunque es un infinito amor la clave
Me arrepiento de haberlo yo leído!

Juan Ramón se explayó bien escribiendo
Este libro colmado de maldades
Con las que se encontraba el buen Platero.

Pobre burrito, así acabó sufriendo
Pasó en su vida mil calamidades
Y siento que fue todo verdadero.

Lucía Espín Martínez

Reflexión nocturna

He observado las cosas de fuera
como las de dentro,
las cosas del alma,
como las del cuerpo,
y son todas las cosas distintas
el mismo universo.

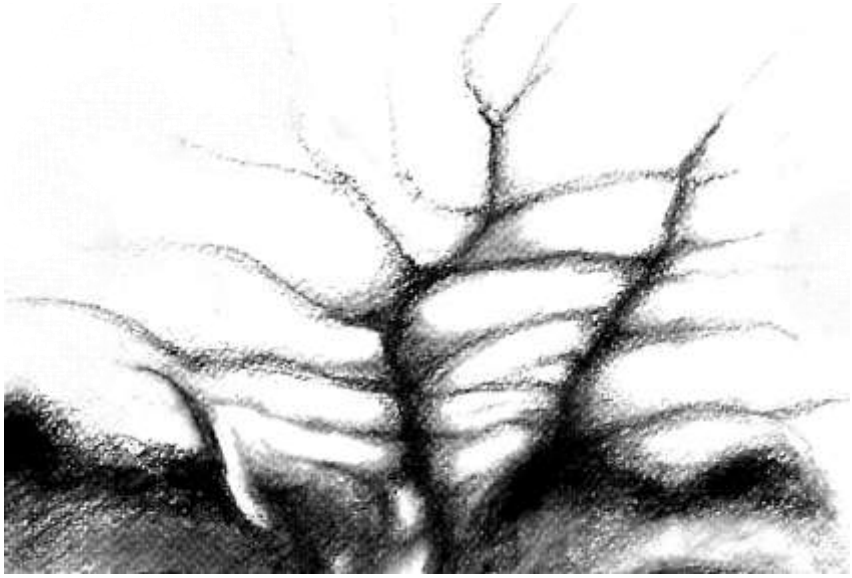
Con manos de hombre he tocado
las tierras de arcilla,
la sombra de greda,
la patria dormida,
el dolor de las piedras cansadas
de abajo y de arriba.

He vivido con piel y con hueso
la angustia y la fiebre,
la calle y el patio,
la luz que se pierde,
el tiempo, el olvido,
la vida y la muerte.

Ando por senderos
de día y de tarde,
de mar y montaña,
de lo que se sabe
de lo que se ignora.
Vivo en nuestra sangre.

Más que viejo siento
que estoy desgastado
de carcoma y virus
de pena y de llanto,
de queja sombría
dicha mientras ando.

Son mis catacumbas
y mis laberintos
abismos del tiempo
en los que persigo
al hombre que soy
y al hombre que he sido.



*Frente de **Francisco Alonso**, por **Condevolney***

Francisco Alonso Ruiz

Entre guerras anda el juego

Israel, Gaza
Gaza, Israel,
¡qué más da!
Es inútil pensar
donde está la verdad
¿quién tiene la razón? NADIE
Hacen falta unas tijeras
para cortar los hilos
que mueven este conflicto,
donde como siempre: abunda el odio, rencor, ambición, falta de humildad y respeto a los humanos.
El gran problema de la humanidad siempre es el mismo y
"no escarmentamos"
sólo nos excusamos con bonitas frases y levantamiento de las manos,
manos de Pilatos en busca de Paz. ¿Dónde está la paloma?
Ahora toca alzar la voz, gritar al viento NO, NO QUIERO LA GUERRA BUSCO LA PAZ.

Que fácil es azuzar la llama del mal,
al humano, con un poco basta para soliviantarle
y avivar su belicosidad.
No se trata de buscar una paloma de paz,
tampoco hacer cadenas de inconformidad,
ni tan siquiera nos servirán las manifestaciones.
Lo que necesitamos es VOLUNTAD Y COMPROMISO
para hacer crecer la empatía con todos los humanos,
todos somos hijos del mismo padre, todos vivimos en la misma madre tierra,
si no somos capaces de entenderlo y aceptarlo, siempre habrá guerras,
por más que alcemos las manos.

Y nos damos cuenta de que siempre pagan los mismos,
y nos lavamos las manos enviando ayuda humanitaria,
pero no arrancamos de raíz el poder de esas manos,
que mueven todo a su antojo,
para ellos solo somos:
daños colaterales,
una lista de números sobrantes.
Entre guerras anda el juego
La Guerra
Cae una ligera llovizna que refresca el ambiente seco,
de un verano tórrido,
mis pasos lentos, dejan una ligera huella,
que es borrada inmediatamente por la lluvia,
el cielo plateado por la luz de la luna, obscurece lentamente como en una agonía.
Hay un silencio que duele y da terror,
el asfalto resquebrajado por desgaste del tiempo,
me salpica en cada paso,
para recordarme que aún sigo viva...a pesar de todo,
pero de mí, sólo queda la sombra que se dibuja en la pared,
ya no sé si vivo o muero en este infierno de destrucción,
no sé a dónde voy,
no tengo ya destino,
murió en la desidia de una muerte en vida,
de repente me veo allí... inerte, fría, cubierta de soledad vacía,
sigo caminando sin rumbo ni guía, buscando una nueva vida
y oigo a lo lejos, la agonía de mi ciudad destruida,

no miro atrás... porque moriría,
sigo caminando sin rumbo ni guía
entre el ruido: de gritos, sirenas, bombas, fuego infernal y agonía,
lloro de tristeza,
mi mundo, mi vida, mi gente, mi ciudad, están perdidas,
al caer en las fauces de un monstruo destructor, llamado guerra,
que como un cáncer... destruye la vida a su paso.
Hoy el día está gris y cae una ligera llovizna, yo sigo adelante... llorando, gritando en silencio, por una paz de utopía.

La guerra

Conchi Sempere Ramón

TOCAR A GIMENA

La palabra “tocar” me recuerda a Gimena, mi compañera de colegio, en el viaje de egresados del último año de la secundaria. Y más específicamente en el ómnibus que nos llevaba de vuelta al hotel, después de una excursión al Cerro Catedral, en Bariloche. Mientras los demás se habían deslizado montaña abajo en unos trineos de plástico, los varones más escépticos nos habíamos escondido a fumar y a mear en la nieve, detrás de una cabaña de troncos. Yo fumaba y hacía como que vigilaba que no viniera un profesor, pero en realidad la miraba a Gimena que estaba con un suéter violeta, riéndose y sacándose fotos con las otras chicas.

Cuando nos hicieron subir de vuelta al ómnibus, logré sentarme en el fondo. No la vi venir. La vi cuando me pasó por arriba de las rodillas y se sentó a mi lado, contra la ventana. Me pasó por arriba, de frente, agarrándome fuerte del pelo, con saña y con cariño. Acá tengo que aclarar que Gimena había estado de novia con uno de mis amigos y por eso mismo estaba prohibida para mí. Nos tocábamos muy casualmente, sólo como amigos, pasándonos un brazo sobre el hombro alguna vez, cuando caminábamos todos juntos. Y uno de los últimos días de clase, cuando varones y mujeres cambiamos ropa para salir travestidos al patio, yo cambié ropa con ella. Mis pantalones grises le marcaban el culo redondo y mi corbata le caía en diagonal por la pendiente de sus tetas.

Gimena se desplomó a mi lado. El cotorreo en el ómnibus duró poco. Ya estaba oscureciendo y nadie había dormido más de cuatro horas la noche anterior. Bajábamos por la pendiente y los sacudones del camino de montaña empezaron a arrullarnos. Gimena dijo: “¿Me puedo poner así?”, y, sin esperar que yo le respondiera, recostó su cabeza sobre mi muslo izquierdo. Me quedó el brazo de ese lado en el aire; no sabía dónde apoyarlo. Todo era demasiado comprometedor: su cadera, su panza, hasta su hombro, porque para poner mi mano en su hombro tenía que posar mi antebrazo sobre sus tetas. Así que, alarmado, puse mi mano sobre el apoyabrazos de adelante, pero quedaba tan ridículo que traté de apoyarme en la ventana y entonces Gimena me agarró la mano y me la hizo apoyar, con toda la naturalidad del mundo, sobre la lana violeta de su suéter.

“Tenés las manos calientes”, dijo bajito. Y acurrucó sus dedos fríos en el hueco de mi mano. Yo envolví la suya dándole calor. De golpe entrelazamos los dedos y, de a poco, nuestras manos empezaron a tener vida propia, como dos animales que se estudian y se recorren, como dos perros en la plaza, arrojándose uno encima del otro. Yo no sabía que se podía sentir tanto sólo con la mano. De pronto era todo muy suave: yo le acariciaba el centro de la palma con el pulgar, o ella me recorría los dedos estirados. Y de pronto era fuerte, casi como una pulseada, un forcejeo.

Nadie nos veía. Yo miraba hacia el pasillo. De vez en cuando se levantaba alguien que cambiaba de asiento. Me acuerdo de la sensación de estar como cogiendo, pero sólo con una mano, mientras el resto del cuerpo simulaba estar vestido, discreto y sentado entre los amigos del colegio. Era todo tacto, encendiéndome el cuerpo entero de los pies hasta la nuca. ¿Cómo podían caber tantos besos en una mano? El roce mínimo de sus dedos era la mariposa que del otro lado del mundo provoca el terremoto. Todas mis terminaciones nerviosas parecían estar alertas. El bulto en mi pantalón había crecido hacia un costado. El pelo de Gimena estaba derramado en catarata sobre mi pierna. Entonces, con la otra mano, le pasé los dedos por el pelo. Le toqué suavecito la cabeza.

Las manos entrelazadas se calmaron un poco. Quedaron apoyadas exhaustas en la panza de Gimena. Parece una exageración pero fue así. Faltaba que cada mano se fumara un cigarrillo en la oscuridad del ómnibus. Pero el envión exploratorio seguía en mí. Le toqué el suéter, le recorrí la cintura por fuera del pantalón, las costuras y remaches y bolsillos. Le busqué con el dedo índice la piel de la cintura, apartando capas de ropa. El suéter, y abajo un buzo, creo (iba adivinando como un ciego), y abajo una remera metida en el pantalón. Un poco más cerca de la panza, la remera estaba fuera y por ahí le encontré la piel. Con dos de mis dedos acaricié un centímetro cuadrado de su panza, mientras ella se hacía la dormida. Fue lo más suave que toqué en mi vida, como mármol blando, como hielo caliente, la panza plana, abajo del ombligo, los cinco dedos tocando su piel, hasta el límite del elástico de su bombacha, un límite infranqueable, el hueso de su cadera, la pelusa casi imperceptible de la piel a lo largo de esa línea, y mi dedo que empujó el elástico, un poco, un dedo debajo de la tensión del elástico, dos dedos, más allá, avanzando, unos pelos más gruesos, y ella de golpe se puso de costado, se ovilló acercando las rodillas al pecho. Dejé la mano del delito sobre su suéter, asustado, casi pidiéndole perdón, y Gimena me la agarró y se la llevó a la boca. Se metió mi dedo en la boca. La boca mojada, la lengua, los dientes. Me chupó dos dedos, me dio como unos mordisquitos primero, hasta que me mordió fuerte. Me hizo doler. Y me siguió mordiendo despacio el pulgar. Después me volvió a agarrar la mano y la apretó contra ella, como cerrando el asunto, hasta que encendieron las luces del interior del ómnibus y hubo unas quejas de los encandilados y nos soltamos.

Cuando llegamos al hotel, ella me volvió a pasar por arriba y al oído me dijo “¡shhh!”, para que todo quedara en secreto entre nosotros. Yo cumplí, porque esta es la primera vez que lo cuento. Lo demás fue tristeza. Gimena se arregló con mi amigo antes de que terminara el viaje.

Pedro Mairal *(Publicado en Maniobras de evasión, UDP, Santiago de Chile, 2015)*

JIMENA MÍA

("continuación" o 2ª parte, del cuento de Pedro Mairal, "TOCAR A GIMENA")

A partir de aquel día de la excursión del cole en autobús, siempre que veía a la novieta de mi amigo Luis, a Jimena, volvía a sentir como entonces su roce, su carne cálida, su respiración entrecortada… aunque ni tocara su cuerpo ni la viera…

Lo que sí veía era su pelo, ese que se "derramaba sobre mi pierna" en el autobús, ese que toqué hasta subir por sus rizos hasta su cabeza. Y me imaginaba mi dedo corazón enrevesándose en el tirabuzón más largo, rozándolo por dentro, subiendo hasta tener todo mi dedo dentro de su pelo enrevesado, como el caramelo y la leche están dentro del cilindro de barquillo y chocolate, y saben juntar sus sabores cuando te los metes en la boca… Y que nadie, menos quien lo prueba, debe saberlo, ese era nuestro secreto... Esa ansia suya se había agarrado a mí, y yo a ella.

Y entonces comprendí muchas cosas y deseché mi tristeza: Y fui cambiándola por esperanza… Y codicia: La QUERÍA. Posesivamente: La quería para mí. Y recordé esa sonrisa de mi amigo Luis al bajar del autobús junto a Jimena. Y pensé que tal vez ella no había cumplido del todo el pacto de silencio, y le había dicho un poco de lo que pasó… Para encelarlo más, para enredarle y que la contemplase como un objeto valioso y deseable… Y Luis me odiaba.

No, yo no le conté nada a Luis… Pero fui con otro cuento: Le hablé de Victoria, esa otra compañera espectacularmente espectacular que todos los chicos del cole deseaban…

Funcionó. Luis se fue a por ella… Jimena estaba desolada…

Yo la consolé. Y retomé mi particular subida a los cielos por los zarcillos de su pelo. De todos sus pelos. Así es la vida: Game Over: Yo, Pedro, te sostengo a ti... Y tú, Jimena, a mí.

Cuando Luis se dio cuenta de que el deseo de Victoria era escalar a todos los chicos del mundo para subir hasta la cima más alta en el escalafón de hembras deseables del colegio, Jimena ya era mía. Y yo suyo, claro. Y nos mantendríamos en la cumbre...

Ya mayores, un día nos invitaron a los dos a una comida de antiguos miembros de nuestra clase. Fuimos. Estaban todos. Bueno, menos Victoria que, tras separarse de Luis, había vuelto a casarse hacía poco con un empresario mediático.

Casi todos vinieron con sus parejas. Luis, no: Tras romper con Victoria tuvo varias relaciones fallidas y, luego, dejó de intentarlo. Se lo contaba él a Jimena, que lo miraba interesada…

Luis me recordaba a aquel Pedro que era yo cuando él estaba de noviete de Jimena…

Cuando nos sentamos, Jimena se sentó a su lado. Y me di cuenta de que hablaban libres, jóvenes, encantadores y encantados, sí…

Tuve ganas de rebobinar, de quedarme con mi tristeza lánguida de hace años, sentado al lado de aquel asiento de autobús que aún tendría el auténtico calor y el olor de Jimena…

Mientras, ella recomenzaba la caza definitiva de mi "alter ego": Luis.

QUÉ DIFÍCIL ME LO PONÉIS

(3ª parte del cuento de Pedro Mairal, "TOCAR A GIMENA", pero ahora narrado por JIMENA)

Pedro y Luis eran los mejores. Amigos, simpáticos, guapos... Coqueteé con los dos... Finalmente me quedé con Luis porque, por mas que lo intenté con Pedro (¡hasta intercambiándonos nuestras ropas en el patio del colegio!), él no reaccionó.

En la excursión en autobús, a la ida, yo me senté con Julio, claro, pero él no hacía más que jugar con el móvil, así que me cambié de sitio.

En la montaña lo pasé en grande. Luis se largó con sus colegas a bajar en trineo, y los que nos quedamos fumamos y meamos en la nieve. ¡Divertidísimo! Pedro hacía como que vigilaba que no viniera ningún profesor, pero me di cuenta que me miraba embelesado... Y le devolví la mirada.

Cuando volvimos a subir al autobús, me senté sola... Y, cuando me entraron ganas de calentura, me senté con Pedro.

Esta vez no me fui con tontunas: fui a por él desde el principio. Lo puse a cien. Aquello duró mucho, yo iba subiendo mis ganas hasta que llegué a la cima: Tomé sus dedos, me los metí en la boca y los acaricié con los labios, la lengua, los dientes, el pelo... No pude más y tuve un orgasmo largo, intenso, mientras mordía su pulgar... Luego, nada...

Sí, yo esperaba que él continuara de algún modo, o al menos me dijera algo, pero no lo hizo...

Antes de acabar el viaje, Luis me pidió volver conmigo. Creo que alguien le contó mi aventurilla con Pedro y estaba celoso...Volvimos...

Pero dos semanas después vi a Luis con Victoria. Pensé que estaba vengándose. Me dolió...

Y, entonces, Pedro se atrevió a pedirme que fuéramos novios... Se lo agradecí. Acepté, claro.

Luis y Victoria cortaron. Me enteré por el propio Luis, que me pidió que retomáramos lo nuestro. Me sorprendió: Él sabía que Pedro y yo salíamos, así que, de primeras, me enfadé. Recuerdo que le dije -Vaya con los amiguitos... ¡Qué difícil me lo ponéis! -

Luego, todo siguió siguiendo. Yo, con Pedro y Luis intentando otras relaciones.

Pedro ya no era el pánfilo de antes... Ni el tierno, encantador, dulce, amoroso... ¡Me tenía!

Y así hasta mayores.

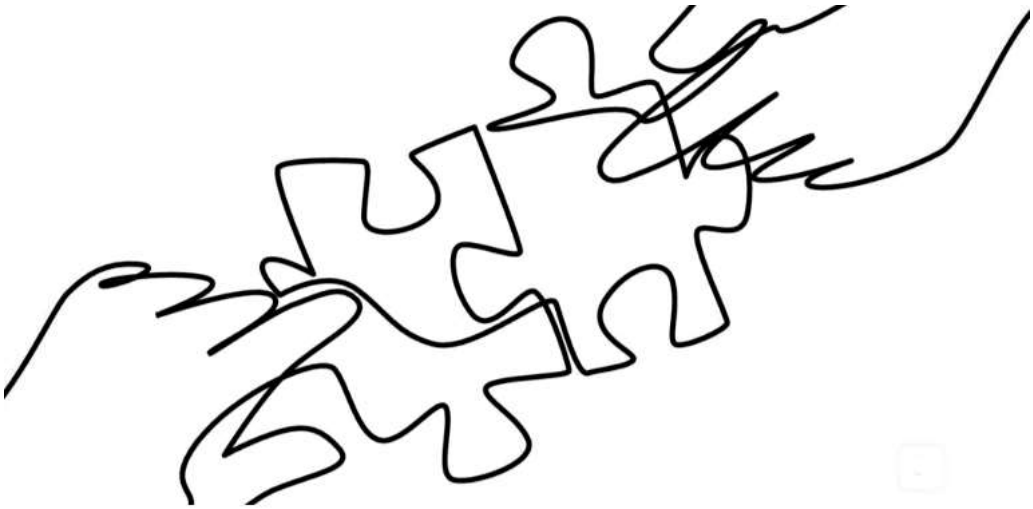
Años después, coincidí con Luis, que me contó que había sido Pedro el que le había hablado del falso interés de Victoria por él... y que él había caído en la trampa. Me miraba desolado. Yo lo miré y sentí ternura... y resentimiento hacia Pedro: Todo lo habíamos hecho mal, y él, mi marido, Pedro, lo había planeado todo. Ahora estábamos mal los tres...

Luis y yo “coincidimos” alguna que otra vez más... Estuvo bien.

Cuando, unos meses después, fuimos los tres a la reunión de compañeros del colegio, a mí me apeteció muchísimo sentarme a su lado... como si fuéramos en el autobús: De Luis, claro... Pasando por encima de él, tocándolo... Ahora me apetecía revivir aquella escena juvenil maravillosa pero cambiando de protagonista: Ahora con mi primer chico: Con Luis.

La vida se lo debía y me lo debía: La vida nos lo debía.

Adolfo Celdrán



Pena clavada

Clavaste en mi una pena
como un puñal asesino,
será la negra condena
de mi corazón vencido.

Esa pena traicionera
de mi alma volará,
es paloma mensajera
eco de mi soledad.

Sueño un pozo de nostalgia.
Vivo sin esperanza,
¡muero en tu desamor!

Se despidió tu adiós,
pero tú adiós va conmigo,
quiso matar mi amor
pero mi amor sigue vivo.

Maldita sea la tristeza
que me clava, que se queda,
junto a la pena hay un sueño
dentro está mi soledad.

Sueño un pozo de nostalgias,
vivo sin esperanza,
muero en tu desamor.

Entre tú y yo hay un beso
que no vuela, que no besa,
que se muere sin besar
de la mano de tu olvido
yo lo tengo que enterrar.

Sueño un pozo de nostalgias.
vivo sin esperanza,
muero en tu desamor.

Clavaste en mí una pena
como puñal asesino
de la mano de tu olvido
yo lo tengo que enterrar,
¡yo lo tengo que enterrar!

Jesús Cuevas
La canción se puede encontrar en YouTube

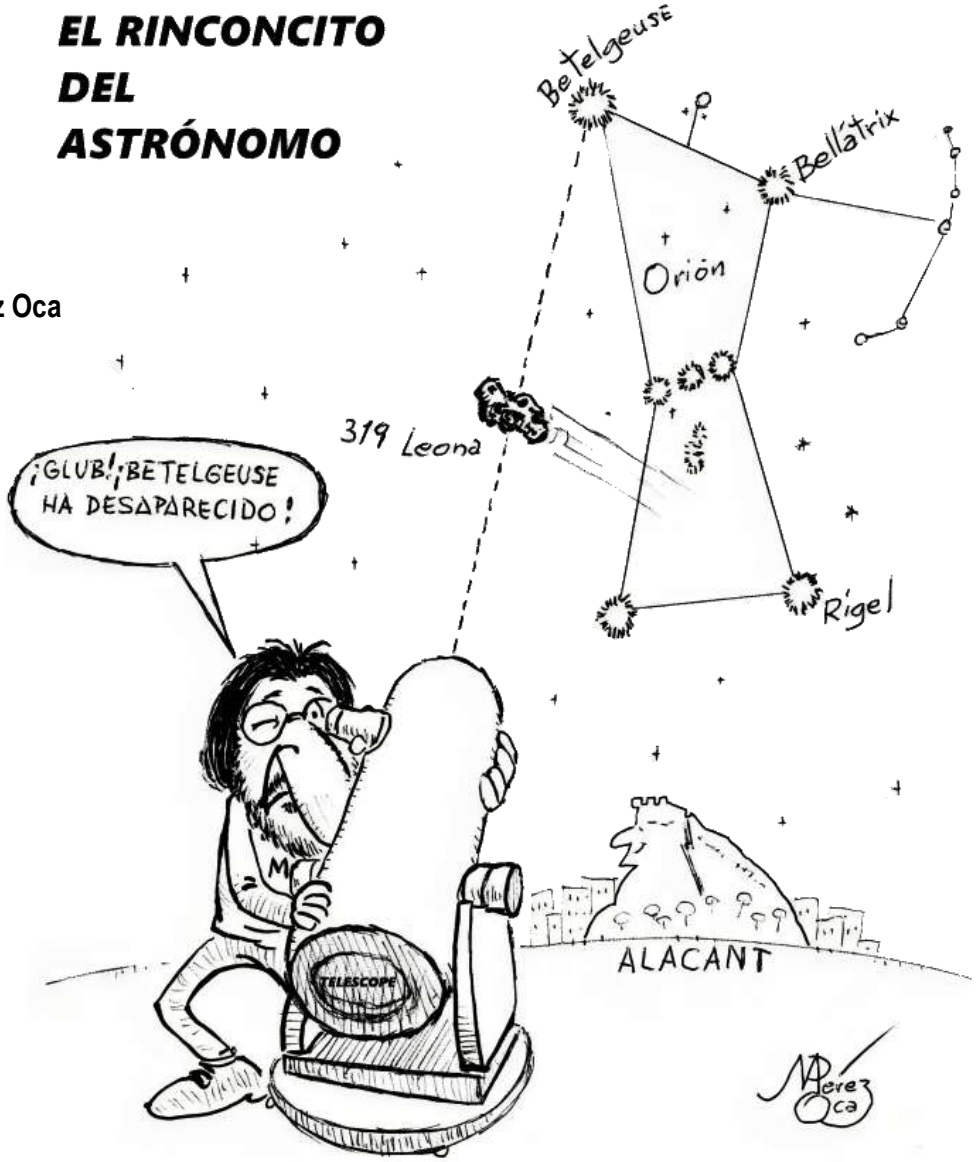
OCULTACIÓN DE BETELGEUSE POR EL ASTEROIDE 319 LEONA

Me han dicho los astrónomos profesionales (Revista ASTRONOMÍA nº 292 - octubre 2023), que en la noche del lunes 11 al martes 12 de diciembre próximo, alrededor de la 1 hora Tiempo Universal, que son las 2 horas en nuestro reloj, tendrá lugar una ocultación de la estrella Betelgeuse - Alfa Orionis - por el asteroide (319) Leona.

(319) Leona tiene un diámetro irregular de entre 50 y 90 kilómetros, pero está muy cerca de nosotros en esas fechas, a menos de dos veces la distancia del Sol a la Tierra; mientras que Betelgeuse está a 550 años luz (un año luz equivale a casi 9 billones y medio de kilómetros, exactamente a 9.460.730.472.580,8 km.). Es una supergigante roja de tipo M2, con una temperatura superficial de 3.500 grados Kelvin (Sol = 5.772 K), una luminosidad 150.000 veces la del Sol y un diámetro de unas 800 veces. Es una estrella gigantesca, que si tuviera su centro donde está el de nuestro Sol, su superficie estaría más allá de la órbita de Marte y nosotros estaríamos dentro… Bueno, no estaríamos porque nos habríamos quemado y desintegrado.

El evento, en Alicante, ocurrirá entre las 2:15:10 y las 2:15.20 horas de nuestros relojes (1.15.10 - 1:15:20 horas Tiempo Universal). Y durará unos pocos segundos.

La ocultación completa, o quizá una importante disminución del brillo de Betelgeuse, no necesitará de telescopio ni siquiera prismáticos para su observación, puesto que esta estrella es muy brillante (magnitud 0,5) y se puede ver (o dejar de ver) a simple vista, y además la luna no molestará por estar en fase de Nueva.



por
Miguel Ángel Pérez Oca

Asociación Cultural
AUCA de las Letras

AYUNTAMIENTO DE ALICANTE